

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 34

LA ENFERMEDAD

*“He aquí el que amas
está enfermo”.*

Juan 11:3

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

34

La enfermedad

Contenido

La enfermedad es universal	1
<i>J.C. Ryle (1816-1900)</i>	
El regalo incalculable de la salud.....	5
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
El consuelo de Dios en la enfermedad	8
<i>Philip Bennett Power (1822-1899)</i>	
Usando sabiamente el tiempo durante la enfermedad.....	11
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	
El medicamento de Dios: La oración	17
<i>Christopher W. Bogosh</i>	
El lecho de muerte no es favorable para encontrar vida eterna	25
<i>John D. Wells (1815-1903)</i>	
Visitando a los enfermos	31
<i>George Swinnock (1627-1673)</i>	
¿Está usted preparado para caer enfermo?	36
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
El que amas está enfermo	44
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2020 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

LA ENFERMEDAD ES UNIVERSAL

J.C. Ryle (1816-1900)

HAY enfermedades por todas partes: en Europa, en Asia, en África, en América; en países tropicales y en los fríos; en naciones civilizadas y en tribus salvajes; hombres, mujeres y niños se enferman y mueren.

Hay enfermedades en todas las clases sociales. La gracia no pone al creyente fuera de su alcance. Las riquezas no pueden comprar exenciones de ellas. Los que están en altos rangos no pueden prevenir sus embates. Los reyes y sus súbditos, amos y siervos, ricos y pobres, educados e iletrados, maestros y alumnos, médicos y pacientes, pastores y congregaciones, todos, sin excepción caen ante sus embestidas. “Las riquezas del rico son su ciudad fortificada” (Pr. 18:11). La casa del hombre es llamada su castillo, pero no hay puertas ni rejas que puedan impedir la irrupción de la enfermedad y de la muerte.

Las enfermedades son de todo tipo y descripción. Desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, estamos expuestos a las enfermedades. Es aterrador pensar en la capacidad de sufrir que tenemos. ¿Quién puede contar las dolencias a las que puede estar sujeto nuestro cuerpo? ¿Quién ha visitado alguna vez un museo de mórbida anatomía sin temblar? “Es extraño que un arpa de mil cuerdas se mantenga afinada durante mucho tiempo”. A mi modo de ver, no es sorprendente que los hombres mueran tan pronto, sino que, de hecho, vivan por tanto tiempo.

La enfermedad es, a menudo, una de las lecciones más humillantes y angustiantes que le pueden suceder al ser humano. Puede convertir al hombre más fuerte en un niño y hacerle sentir que “...la langosta será una carga...” (Ec. 12:5). Puede volver inválido al más valiente y hacerlo temblar cuando cae un alfiler. Dice el salmista: “Tú formaste mis entrañas; tú me hiciste... formidables, maravillosas son tus obras” (Sal. 139:13-14). La conexión del cuerpo con la mente es extrañamente cercana. La influencia que pueden tener algunas enfermedades sobre el temperamento y el ánimo es inmensa. Hay enfermedades del cerebro, del hígado y de los nervios que pueden acabar con un Salomón y convertirlo en un infante. El que quiera conocer las profundidades de humillación en las que puede caer el hombre, no tiene más que cuidar a enfermos por un tiempo.

Nada que el hombre haga, puede prevenir las enfermedades. Sin duda, puede prolongar en algo su promedio de vida. La ciencia médica puede

descubrir, continuamente, nuevos remedios y obtener curaciones sorprendentes. La aplicación de medidas sanitarias apropiadas durante calamidades puede disminuir, en gran manera, la mortandad en el país. Pero tarde o temprano, sea en comunidades saludables o insalubres, en climas templados o fríos, sea que se trate con homeopatía o alopátia¹, el ser humano se enferma y muere. “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos” (Sal. 90:10). Ese testimonio es muy cierto. Era cierto hace 3300 años y lo sigue siendo.

Ahora pues, ¿qué hacer frente a esta tremenda realidad que es la prevalencia universal de la enfermedad? ¿Cómo la podemos dilucidar? ¿Qué explicación podemos dar? ¿Qué respuesta daremos a nuestros hijos cuando nos preguntan: “Papá, por qué se enferma y muere la gente”? Estas son preguntas complicadas. Creo que puedo contestarlas con algunas palabras que no estén fuera de lugar.

¿Podemos suponer por un momento que Dios creó las enfermedades y dolencias en el principio? ¿Podemos imaginarnos que el Dios, quien formó nuestro mundo estableciendo un orden tan perfecto, formaría sufrimientos y dolores innecesarios? ¿Podemos pensar que el que hizo todo “bueno en gran manera” (Gn. 1:31), hizo que la raza de Adán se enfermara y muriera? A mí, la idea me resulta repugnante. Introduce una gran imperfección a las obras perfectas de Dios. Tengo que encontrar otra respuesta para satisfacer mi mente.

La única explicación que me satisface es la que nos da la Biblia. Algo sucedió en el mundo que destronó al hombre de su posición original y le quitó los privilegios que originalmente tenía. Apareció algo que, como un puñado de cascajo arrojado dentro de una maquinaria, estropeó el orden perfecto de la creación de Dios. ¿Y qué fue ese *algo*? Respondo con una sola palabra: Pecado. “El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Ro. 5:12). El pecado es la causa de toda enfermedad, dolencia, dolor y de todo sufrimiento en la tierra. Todo esto es parte de la maldición que vino al mundo cuando Adán y Eva comieron el fruto prohibido y cayeron. No habría ninguna enfermedad si no hubiera habido ninguna Caída. No habría ninguna enfermedad si no hubiera habido ningún pecado.

Haré una pausa a estas alturas, pero no por ello me desviaré del tema. Hago una pausa para recordar a mis lectores que no existe un fundamento

¹ **Homeopatía o alopátia** – Tratamiento de la enfermedad mediante dosis mínimas de sustancias naturales que en una persona sana producirían síntomas de la enfermedad o el tratamiento de la enfermedad por medios convencionales, es decir, con fármacos que tienen efectos opuestos a los síntomas.

tan insostenible como el de los ateos, los deístas² y demás incrédulos que no creen en la Biblia. Aconsejo al lector joven de este escrito que se siente confundido por los argumentos audaces y engañosos del incrédulo, que estudie bien el importantísimo tema de las *dificultades de la infidelidad*³. Afirmo enérgicamente que se requiere mucha más credulidad para ser un infiel que para ser un cristiano. Afirmo enérgicamente que existen grandes realidades patentes en la condición de la humanidad que nada, fuera de la Biblia, puede explicar, y que una de esas grandes realidades es la prevalencia del dolor, la enfermedad y las dolencias. En suma, una de las dificultades más poderosas que enfrentan el ateo y el deísta es el cuerpo del hombre.

Sin duda, usted ha oído hablar de los ateos. Ateo es aquel que profesa creer que no hay ningún Dios, ningún Creador, ninguna Causa Inicial, y que todas las cosas se formaron en este mundo por pura casualidad. ¿Haremos caso a semejante doctrina? Lleve a un ateo a una de las excelentes facultades de medicina de nuestro país y pídale que estudie la estructura maravillosa del cuerpo humano. Muéstrele la habilidad sin paralelos que conforma cada coyuntura, vena, válvula, músculo, tendón, nervio, hueso y extremidad. Muéstrele la adaptación perfecta de cada parte del cuerpo humano entre sí para cumplir su propósito específico. Muéstrele sus mil funciones delicadas para encarar el desgaste y reponer el vigor diario que se pierde en las diferentes actividades. Y después pregúntele a este hombre que niega la existencia de Dios y de una gran Primera Causa, si todo este maravilloso mecanismo es el resultado de la casualidad. Pregúntele si todo se fue organizando al principio por pura suerte o por accidente. Pregúntele si eso es lo que piensa del reloj al que consulta la hora, el pan que come o el abrigo que viste. ¡Oh, no! El diseño del cuerpo humano es una dificultad insuperable en el razonamiento del ateo. *Existe un Dios*.

Sin duda, usted ha oído hablar de los deístas. Deísta es el que profesa creer que hay un Dios que creó al mundo y todo lo que en él hay. Pero no cree lo que dice la Biblia. “Un Dios, ipero no la Biblia! Un Creador, ipero no el cristianismo!”. Tal es el credo del deísta. Entonces, ¿haremos caso a semejante doctrina? Vaya con un deísta a un hospital y muéstrele algunos de las espantosas consecuencias de la enfermedad. Llévelo a la cama donde un tierno niño que todavía ni siquiera sabe distinguir entre el bien y el mal, languidece con un cáncer incurable. Envíelo a la sala donde yace una madre cariñosa de una familia numerosa en la última etapa de una enfermedad atroz. Muéstrele algunos de los sufrimientos y agonías de los cuales la carne es heredera y pídale que los explique. Pregúntele a esa

² **Deístas** – El que cree que Dios está distante o sea que creó el universo, pero lo dejó a su suerte, siguiendo ciertas “leyes de la naturaleza” que había incluido en el universo.

³ **Infidelidad** – Actitud del que no cree en nada religioso. Incredulidad.

persona, que cree que hay un Dios grande y sabio que creó al mundo, pero que no puede creer lo que dice la Biblia. Pregúntele cómo explica estas muestras de desorden e imperfección en la creación de su Dios. Pídale a quien desdena la teología cristiana y es demasiado sabio para creer en la caída de Adán, que le explique la prevalencia universal del sufrimiento y la enfermedad en el mundo. ¡Indagará en vano! No recibirá una respuesta satisfactoria. La enfermedad y el sufrimiento son dificultades insuperables en el razonamiento del deísta. El hombre ha pecado y, por lo tanto, sufre. Adán cayó de su primera condición y, por ello, los descendientes de Adán enferman y mueren.

La prevalencia universal de la enfermedad es una de las evidencias indirectas de que la Biblia es auténtica. La Biblia lo explica. La Biblia contesta las preguntas que pueden surgir en cada mente inquisitiva. Ningún otro sistema religioso puede hacerlo. En esto, todos los sistemas fracasan. Guardan silencio. No salen de su confusión. Sólo la Biblia puede encarar el tema de frente. Proclama con firmeza el hecho de que el hombre es una criatura caída y, con igual firmeza, proclama un vasto sistema para remediarlo que satisface sus perplejidades. Me siento seguro en la conclusión de que la Biblia procede de Dios. El cristianismo es una revelación del cielo. “Tu palabra es verdad” (Jn. 17:17).

Permanezcamos firmes en el antiguo y sólido fundamento: La Biblia y, sólo la Biblia, es la revelación divina de Dios mismo al hombre. No deje que le hagan dudar los muchos ataques del escepticismo moderno al Libro inspirado. No preste atención a las preguntas difíciles que a los enemigos de la fe les encanta postular acerca de supuestas dificultades bíblicas y a las cuales, quizá muchas veces, no le puede usted dar respuesta. Ancle su alma firmemente en este principio seguro de que la totalidad del libro contiene la verdad de Dios. Dígame a los enemigos de la Biblia que a pesar de sus argumentos, no hay ningún libro en el mundo que pueda compararse con la Biblia —ninguno que satisfaga tan a fondo las necesidades humanas —ninguno que explique tanto sobre el estado de la humanidad. En cuanto a las cosas difíciles de entender en la Biblia, dígales que se contenta con esperar. Hay suficiente verdad lisa y llana en el Libro como para satisfacer su conciencia y salvar su alma. Las cosas difíciles un día se aclararán. Lo que no sabemos ahora, lo sabremos en el más allá.

Tomado de *Sickness*, en inglés (*Enfermedad*), disponible en CHAPEL LIBRARY.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo anglicano; condado de Cheshire, Inglaterra.



EL REGALO INCALCULABLE DE LA SALUD

Arthur W. Pink (1886-1952)

QUÉ bendición invaluable es un cuerpo sano y la buena salud, un beneficio negado a algunos desde la cuna y que pocos realmente aprecian hasta que les es quitada. Desde hace mucho, le ha impresionado a este escritor, lo extraordinario que es el hecho de que alguno de nosotros disfrute de buena salud, iteniendo en cuenta que han pasado alrededor de seis mil años desde que heredamos el pecado y sus consecuencias!

No es más que por la bondad y benevolencia de Dios que la mayoría llegamos al mundo con un cuerpo más o menos sano y llegamos a la juventud pletóricos de buena salud. Pero luego, el pecado y la insensatez tienen un grave efecto y la salud de millones de personas se ve gravemente afectada antes de llegar a una mediana edad. Tampoco es siempre el resultado de la intemperancia⁴ y el libertinaje⁵. A menudo, es el resultado de la ignorancia, de no practicar algunas de las reglas más elementales de higiene. Es lamentable que son demasiados los que no aprenden de ninguna otra escuela que la dura y amarga experiencia personal y, en consecuencia, sólo descubren cómo vivir cuando les llega el momento de morir. Es cierto que no podemos poner cabezas viejas sobre hombros jóvenes, pero aun así, si los inmaduros son demasiado soberbios como para escuchar los consejos de los maduros, por fuerza sufrirán las consecuencias.

De seguro, en igualdad de circunstancias, el cristiano debiera gozar de más salud que el que no es cristiano. ¿Por qué? Porque si su andar está regulado por la Palabra de Dios, por lo menos, será preservado de las enfermedades que son fruto de ciertas transgresiones. “Integridad, ejemplaridad” son dos de los sinónimos de la palabra *santidad* en nuestro idioma. ¡Mientras menos pecamos, menos sufrimos las consecuencias! “La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Ti. 4:8). Una de las leyes básicas de la buena salud es la del Día de reposo. “El día de reposo fue hecho por causa del hombre” (Mr. 2:27), para su bien porque lo necesita. Fue hecho para el hombre, a fin de que pudiera ser un *hombre*, más que una bestia de carga o una máquina

⁴ **Intemperancia** – Falta de moderación y dominio propio.

⁵ **Libertinaje** – Entrega sin freno a los placeres que dañan o arruinan la salud y el bienestar financiero.

humana. Su cuerpo lo necesita, tanto como su alma. Esto es muy evidente en este país. Cuando Francia colapsó y Gran Bretaña enfrentó la más desesperante de las crisis en su larga historia, el gobierno ordenó neciamente que los trabajadores en las minas y las fábricas de municiones trabajaran siete días a la semana, pero pronto descubrieron que los obreros producían *menos* de lo que rendían en seis días. No aguantaban la presión del esfuerzo adicional.

Descansando de sus labores el Día de reposo, el hombre puede recuperar sus fuerzas para cumplir las tareas de la siguiente semana. Pero esto no puede lograrse asistiendo a una reunión tras otras ese día, ni agotándose por las largas caminatas a los cultos y de vuelta a casa —trasladar la tienda más cerca del altar es la solución— y, menos aún, profanando el Día con recreaciones carnales.

Otro precepto divino que promueve buena salud es: “El que creyere, no se apresure” (Is. 28:16). Junto con la aceleración de la vida moderna, vemos los desórdenes nerviosos que se complican, además de los asesinados o lesionados en las carreteras. Por muchos años, evitábamos los automóviles y trenes cuando la distancia a cubrir no era demasiado larga para ir a pie; no los usábamos más que dos o tres veces al año. Estar yendo de acá para allá, apurados y corriendo sin parar, no sólo es perjudicial, sino una violación de la norma divina: “Aquel que se apresura con los pies, peca” (Pr. 19:2) que quiere decir exactamente lo que dice⁶.

“Así que, no os afanéis por el día de mañana” (Mt. 6:34). Cómo obedecer este precepto promueve buena salud y no necesita comentario. Son las preocupaciones y las ansiedades las que alteran la mente, afectan la circulación, alteran la digestión e impiden un sueño reparador. Si el cristiano echara toda su ansiedad sobre el Señor (1 P. 5:7), ¡qué libre de ansiedades viviría! “El gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Neh. 8:10), tanto física como espiritualmente. Qué solución para un cuerpo agotado y mente cansada es deleitarnos en el Señor: “El corazón alegre constituye buen remedio” (Pr. 17:22). “Hijo mío, está atento a mis palabras... Inclina tu oído a mis razones. Guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo” (Pr. 4:20, 21-22). ¿Realmente creemos esto? “No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal; porque será medicina a tu cuerpo, y refrigerio para tus huesos” (Pr. 3:7-8).

La vida piadosa propicia una mente y un cuerpo sano, si no intervienen otros factores. Al decir “si no intervienen otros factores”, nos referimos a

⁶ **Nota del editor** – Aunque las sugerencias del autor no son realistas para los lectores modernos, su idea principal de desacelerar el ritmo de nuestras vidas es vital.

alguien que no está sufriendo por los pecados de su padre, gracias a que éste no alcanzó a arruinarse la salud por sus desenfrenos antes de su conversión; y quien practica el sentido común de seguir las normas de higiene elementales. El que “de todo se abstiene” (1 Co. 9:25) se librará de muchos, si no todos, esos males que son el precio que se paga por la intemperancia. Las Escrituras no requieren que seamos espartanos ni epicúreos⁷, sino que nuestra sobriedad “sea conocida de todos los hombres” (Fil. 4:5). Dios “nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1 Ti. 6:17), pero no para que abusemos de ellas. “Todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse” (1 Ti. 4:4), siempre y cuando se use debidamente, pues aun sus mejores creaciones son dañinas si se usan al exceso. Dios ha provisto una gran variedad de cosas en la naturaleza y cada uno tiene que aprender por sí mismo, lo que mejor le conviene y privarse de lo que le perjudica.

Tomado de *Divine Healing: Is It Biblical?*, en inglés (Sanidad divina: ¿Es bíblica?), disponible en CHAPEL LIBRARY.

Arthur W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de la Biblia, autor; nacido en Nottingham, Inglaterra.



Cristo es médico. Uno de sus títulos es: “Yo soy Jehová tu sanador” (Éx. 15:26). Es sanador del *cuerpo*: Dio vista a los ciegos, limpió a los leprosos, sanó a los enfermos, resucitó a los muertos (Mt. 8:16). Es Él quien da virtud a la medicina y la hace sanadora. Y Él es el médico del *alma*: “Él sana a los quebrantados de corazón” (Sal. 147:3). Nosotros, como muchos otros, somos impotentes enfermos: Uno tiene fiebre; otro, un miembro paralizado; otro, hemorragia porque está bajo el poder de alguna corrupción hereditaria. Ahora Cristo es el médico del alma: sana estas enfermedades.

—Thomas Watson

Sanarse de una enfermedad debiera siempre adjudicarse a Dios. Sea cual fuere la parte que cumpla el médico —y con frecuencia es una parte muy importante— quien da al médico sabiduría y habilidad es Dios, y a Él le corresponde el mérito.

—Charles Spurgeon

Me atrevo a decir que la bendición terrenal más grande que Dios puede darnos es buena salud, con la excepción de la enfermedad. La enfermedad ha sido, a menudo, más provechosa para los santos de Dios que la buena salud.

—Charles Spurgeon

⁷ **Espartanos ni epicúreos** – Los que son demasiado estrictos con su propia disciplina [espartanos] o dedicados a placeres sensuales [epicúreos].

EL CONSUELO DE DIOS EN LA ENFERMEDAD

Philip Bennett Power (1822-1899)

TENEMOS que mantenernos en armonía con los pensamientos de Dios. Tenemos que enfrentar los tenebrosos pensamientos y sugerencias de Satanás acerca de Dios con pensamientos positivos acerca de Él. Porque si no lo hacemos, siempre podrá poner a Dios en nuestra contra. Sea lo que sea que pensemos, el maligno siempre insistirá en decir: “Pero, ¿qué de Dios? Para él, las cosas nunca están bien, y lo que es más, nunca lo estarán”.

Pero si hemos acudido a Dios y nuestros pensamientos acerca de quién es Él son firmes, entonces Dios nunca se nos presentará como una sombra oscura, sino como luz. Lo conoceremos como Padre y, si Satanás se acerca para molestarnos con pensamientos negativos acerca de Él, digamos: “Sabemos quién es Dios: es nuestro Padre que está en los cielos”. Considero entonces, que el carácter de Dios es nuestra gran ayuda para poder creer que es un Dios de consolación. Y, ante todo, podemos llegar a la conclusión de que lo es por el simple hecho de que es generoso. De principio a fin, las Escrituras, nos lo presentan como un Dios de gran corazón. Ezequiel 33:11 dice: “No quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva”. Dice también: “Abre tu boca, y yo la llenaré... nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Sal. 81:10; He. 8:12; 10:17). El profeta Jeremías dice claramente, cuánto más generoso es Dios que el hombre: “¿Has visto lo que ha hecho la rebelde Israel? Ella se va sobre todo monte alto y debajo de todo árbol frondoso, y allí fornicaba. Y dije: Después de hacer todo esto, se volverá a mí” (Jer. 3:6-7). Otros hubieran dicho: “Apártate”, pero Dios dijo: “¡Volverá!”. Así muestra su gran generosidad. En el primer versículo de ese mismo capítulo, Dios muestra que el hombre trataría muy diferente a alguien bajo circunstancias similares; pero Él es Dios y no hombre, y sus caminos y pensamientos no son como nuestros caminos y pensamientos. Su generosidad sobrepasa totalmente a la nuestra. Al abrir fortuitamente la concordancia en este momento, me encontré con cinco textos, uno tras otro, que dicen que Dios responde positivamente [cuando alguien le pide algo sinceramente]. “Y Dios fue propicio a la tierra después de esto” (2 S. 21:14). “Jehová oyó las súplicas de la tierra, y cesó la plaga en Israel” (2 S. 24:25). “Clamaron a Dios... y les fue favorable, porque esperaron en

él” (1 Cr. 5:20). Manasés “habiendo orado... Dios oyó su oración y lo restauró” (2 Cr. 33:13). “Pedimos a nuestro Dios... y él nos fue propicio” (Esd. 8:23). Dios es “misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Sal. 86:15). Y la parábola del hijo pródigo muestra, en toda su plenitud, las acciones de un padre generoso: el padre recibe al pobre pecador tal como es y, sin reproches, lo restaura como hijo, lo viste con el mejor vestido y hace matar al becerro gordo para celebrar su regreso al hogar. Ahora bien, si yo necesito algo, es muy alentador para mí pedirlo a alguien que sé que es generoso. Siento que estará predispuesto a ayudarme, que será generoso y bueno conmigo. Y sirva de consuelo este pensamiento: no hay en toda la Biblia ni una sola palabra que sugiera mezquindad de parte de Dios. Podemos estar seguros de obtener de Él lo que ha prometido darnos sencillamente por ser quien es. Y si Dios es generoso, lo demostrará, o sea que su generosidad será siempre abundante. Dios no se contenta simplemente con tener bondad y guardársela para Él. El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, “¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). Si tuviéramos que recurrir a una persona para pedirle algo que él precisamente está queriendo dar, qué bueno para nosotros acercarnos a él con el fin de pedirlo. Entonces, ¿puede Dios tener todo lo que nos haría felices y satisfechos y no sernos propicio, dándonos aunque sea una muestra como prueba? ¡Por supuesto que no! Se comunica con nosotros y lo que comunica tiene que ser Él mismo, debe asemejarse a Él y, por lo tanto, ¡tiene que ser bueno! Se dará a sí mismo a nosotros, tal como somos con nuestra necesidad particular. Derramará sus riquezas llenando nuestras áreas vacías, todos nuestros pozos secos, nuestras tierras sedientas y arroyos sin agua; dónde estemos más estériles y más necesitados, es donde vendrá. Entonces, es un gran consuelo considerar que Dios se relaciona con nosotros como un Padre y, dado que por su misma naturaleza realiza todo de la mejor y más perfecta manera, y también en su máxima extensión, ¡podemos estar *seguros* de que será con nosotros mejor que cualquier padre terrenal puede ser con un hijo!... Tenemos un Padre en los cielos y no dejará de cumplir ni *una* de sus funciones como tal.

Consolémonos pues, con el pensamiento de que de Aquel con quien tratamos en todas las esferas y con quien gozamos de una relación de hijos, podemos depender para obtener lo que necesitamos. Si nuestro Padre no nos consuela, ¿quién lo hará? Es la persona de la que más probablemente, recibiremos consolación; por lo tanto, la más adecuada a la cual recurrir para obtenerla. Y porque es Padre, podemos esperar un entrañable consuelo. Es por “la entrañable misericordia de nuestro Dios” que “nos visitó desde lo alto la aurora” (Lc. 1:78). Santiago nos dice que “el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Stg. 5:11). El mandato de ser

benignos los unos con los otros, ser misericordiosos y perdonarnos los unos a los otros se basa en hacerlo “como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef. 4:32). Si en lugar de tener nuestros ojos fijos en Dios y en todo lo que de Él proviene por lo que Él es, nos miramos a nosotros mismos y todo lo que merecemos, no recibiremos ningún consuelo. El consuelo nunca nos llegará por este camino. Hemos de mirarnos a nosotros mismos esperando encontrar todo vacío y sin ningún interés por mejorar ni un ápice nuestra condición. No debe sorprendernos, ni alarmarnos ni desanimarnos, al darnos cuenta de este vacío. Simplemente, surge de que somos lo que somos... En cambio, todo lo que descubramos de Dios será plenitud; y en comprender y en unir nuestros vacíos con la plenitud de Dios radica nuestro consuelo. Entonces, saturemos de Dios nuestros pensamientos. Seamos ricos en Dios, pobres en nosotros mismos, pero ricos en Él. Contemplemos lo que Él es; toda su naturaleza, sus palabras y sus obras son un consuelo. No un consuelo para el incrédulo, ni para el independiente, tampoco para el que cree que no necesita nada, sino para todos los que anhelan ser humildes, necesitados de ser satisfechos por algo fuera de sí mismos. Digamos lo siguiente en nuestras reflexiones con nosotros mismos: “¿Quién mejor que Él mismo puede conocerse? Todo lo que nos ha dicho tiene como fin, consolarnos. Denigraría a Dios si sólo esperara cosas sombrías de Él. No adoptaré la opinión de Satanás acerca de Él. ¿Qué otro interés puede tener más que injuriarlo? No adoptaré las especulaciones acerca de Él de mi propio corazón engañoso, desconfiado e ignorante porque viniendo de mi pobre naturaleza caída⁸, sin duda, son distorsionadas. Me entregaré de lleno a Dios, tal como se ha revelado a sí mismo. Mantendré mis ojos fijos en Él y los cerraré a todo lo demás. Me atenderé a lo que Él ha revelado. Sólo puedo ser lo que soy: vacío; y Él sólo puede ser lo que es: el que llena esa vaciedad. De su plenitud, entonces, recibiré y, porque es lo que es, tendré la gracia de su ayuda en cada momento de necesidad.

Tomado de *The Sick Man's Comfort Book*
(El libro de consuelo del enfermo), de dominio público.

Philip Bennett Power (1822-1899): Clérigo anglicano y autor; nacido en Waterford, Irlanda, Reino Unido.



⁸ **Nota del editor** – Con “*mi pobre naturaleza caída*”, el autor se refiere a su remanente de pecado, dado que es un creyente.

USANDO SABIAMENTE EL TIEMPO DURANTE LA ENFERMEDAD

Thomas Boston (1676-1732)

*“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos
al corazón sabiduría” (Salmo 90:12).*

EL Señor pone a cada persona y familia entre nosotros, de hecho, a todos nosotros, en la escuela de la aflicción, dado que la mano de Dios levantada contra algunos, nos concierne a todos. Y es necesario que aprendamos bien nuestra lección y ser más sabios como consecuencia.

Es mi intención mostrar en qué consiste esa *sabiduría* que tenemos que aprender durante el tiempo de enfermedad física pasajera y también en una enfermedad terminal: Es *piedad* seria o religión verdadera⁹. Cuando uno llega a ser seriamente piadoso, dejando el camino del pecado y tomando el camino de fe y santidad, entonces ha aprendido la lección que Dios le está enseñando ese día: “He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia” (Job 28:28). Ésta es la única sabiduría verdadera. Siguen siendo muy necios los que no la encuentran, no importa lo sabio que sean en otras disciplinas. Ésta es la sabiduría enseñada en la escuela divina de la aflicción (He. 12:10). La voz que disciplina dice: “Sed sabios para bien de vuestras almas”. Que ésta es la sabiduría verdadera, se manifiesta en que,...

Es sabiduría práctica, sabiduría para regular la vida del hombre en el camino hacia la felicidad (Os. 14:9). Cuántos hay que se creen sabios, pero muestran su necedad errando el blanco por la manera de vivir que escogen (Jer. 22:13-16). Es la sabiduría, es decir el temor del Señor, lo que pone al hombre en el verdadero camino de la felicidad, el cual es fe y santidad (Mr. 16:16; He. 12:14). ¿De qué valen el conocimiento mundano carnal, las profundas especulaciones del hombre natural sobre las ciencias doctas, y las nociones secas y sin gusto de los profesantes ceremoniosos de la religión? Todos estos no son más que insignificancias fatigosas, puro ruido, naderías que nunca mejoran a los hombres [aunque los hagan más eruditos].

⁹ Religión verdadera – Cristianismo bíblico.

Es sabiduría para uno mismo (Pr. 9:12). Hay hombres cuya sabiduría siempre consideran como algo que necesitan los demás, no ellos mismos. Se parecen al remero de la embarcación que lleva pasajeros, pero todo el tiempo que va remando tiene sus ojos fijos en el lugar de donde salieron. En cuanto desembarca a sus pasajeros, regresa a su lugar de origen. Tal es la sabiduría de todos los impíos: su sabiduría puede ser provechosa para el alma o el cuerpo de otros, pero, lastimosamente, a ellos de nada les aprovecha (1 Co. 9:27; Mt. 6:19-20). En cambio, la excelencia de la verdadera piedad es que “da vida a sus poseedores” (Ec. 7:12). Le da forma al alma, vaciándola en el molde de la verdad, santifica el corazón y la vida conforme con la naturaleza y voluntad divina, y tanto perfecciona a la naturaleza humana que se levanta como una estructura gloriosa de la ruina en que se desmoronó por la Caída.

Es sabiduría para el final de uno mismo (Dt. 32:29). El necio del que se habla en el Evangelio, tenía suficiente ingenio para proveerse de lo necesario para muchos años de vida. Pero en esto radicó su necedad: que no proveyó nada para el final de sus días, para la hora de su muerte (Lc. 12:20). Entre nosotros hay muchos así de necios. Una de las expresiones de Grotius¹⁰, un erudito del siglo pasado en su lecho de muerte, fue: “¡He perdido la vida, ay, laboriosamente en no hacer nada!”.

Es sabiduría para la mejor parte (Lc. 10:41-42). La sabiduría del mundo es sólo para la parte más básica del hombre: su cuerpo. Le es provechosa en los negocios y en la cotidianidad. Sólo se circunscribe a lo externo, mientras los asuntos del alma quedan abandonados. En cambio, esta sabiduría perfecciona la vida y los intereses del alma, le asegura un título en el cielo y lo encamina hacia la felicidad eterna (Pr. 8:35).

Por último, es sabiduría para un mundo mejor (He. 11:14-16). Nuestros proyectos para este mundo, como son para nosotros mismos, mueren con nosotros (Sal. 146:4); en cambio, los que son sabios para ese mundo mejor, siendo realmente piadosos, se encontrarán con que sus previsiones sabias fueron realizadas a tiempo para tener su efecto feliz en la eternidad (Ap. 14:13). Lo que ahora siembran, entonces, cosecharán con gozo.

Procederé ahora a detenerme en algunos detalles de la sabiduría que esta época nos llama a considerar:

1. Inquirir seriamente sobre las causas por las que el Señor contiene con nosotros (Job 10:2). Cuando la mano del Señor está contra nosotros, es sabio de nuestra parte descubrir por qué (Lm. 3:39). Hay una causa. Él no nos hiere sin una buena razón y, si no la conocemos, nuestro corazón no puede lamentarla.

¹⁰ **Hugo Grotius** (1583-1645) – Erudito en leyes, holandés, el “padre de la ley internacional”.

Dios contienda con la congregación y el mundo en general. Será bueno tomarlo en serio. Dos cosas parecen ser la razón principal:

(1) Abuso y mal uso de las misericordias y los privilegios espirituales. Así, amenazó el Señor a la Iglesia del Antiguo Testamento: “Si no cuidares de poner por obra todas las palabras de esta ley que están escritas en este libro, temiendo este nombre glorioso y temible: JEHOVÁ TU DIOS, entonces Jehová aumentará maravillosamente tus plagas y las plagas de tu descendencia, plagas grandes y permanentes, y enfermedades malignas y duraderas” (Dt. 28:58-59). Tal cuestión causó una dolorosa enfermedad a la iglesia de Corinto (1 Co. 11:30). Las divisiones visibles y el abandono de las Ordenanzas en el país son causas de juicio, y el pecado no tratado por el cual se derrama desprecio sobre las preciosas Ordenanzas del evangelio, empañan el éxito del evangelio por los muchos obstáculos que anteponen en el camino de las almas que se beneficiarían de estas Ordenanzas. Es así que se escupen los mosquitos, pero se tragan los camellos con respecto a lo que la culpabilidad profunda hace para impedir el bien espiritual de almas que perecen. Y ¡ay!, ¿cuán evidente es nuestra infructuosidad bajo los medios de la gracia? ¿Cuán pocos son los favorecidos por el Evangelio predicado? La Palabra de Dios es despreciada e ineficaz para nuestra reforma: Su santo nombre es profanado, sus [días de reposo] son violados, los sacramentos son descuidados por algunos y profanados por otros con sus vidas impías e indiferentes. ¿Por qué es de extrañar que por esta causa estén “muchos enfermos y debilitados entre [nosotros], y muchos duermen”? (1 Co. 11:30). Las advertencias y reprensiones de poco valen, la convicción es rara y la conversión es aún más rara. A muchos no les queda ninguna apariencia de piedad y a pocos les queda más que la apariencia de ella. Muchos claman contra los pecados de otros, mientras las manchas visibles en sus propias vidas no los lleva a golpearse el pecho y exclamar: “¡Qué he hecho!” Dios no quiera que el desprecio y abuso de los privilegios del evangelio nos saque del reino de Dios.

(2) Abuso y mal uso de misericordias temporales. Es dado observar que la promesa de abundancia dada a la Iglesia y el uso de su abundancia de una manera piadosa, viene acompañada de la promesa de la desaparición de la enfermedad (Éx. 23:25; Dt. 7:12-14). Esto nos dice que Dios castiga con enfermedad a quien abusa de la abundancia. Dios ha dado al país años de abundancia y ¿cuál ha sido su uso, sino el desprecio a Dios y a las normas de justicia y rectitud, aumento de orgullo y vanidad, y ebriedad por el abuso inusual de esa bebida fuerte que nunca fue ordenada para ser tomada ordinariamente; los amos que rompen el yugo, unos a otros se

menoscaban y debilitan por toda la comarca; los siervos rompen sus cadenas haciéndose ingobernables y desleales? El año pasado, di una advertencia de la Palabra de Dios contra estas cosas en particular, pero me parece que, desde entonces, han aumentado. No es de asombrarnos entonces, que Dios haya tratado con nosotros de manera diferente este año.

Dejemos que estas cosas sean pesadas en balanza por todos nosotros a la vista de Dios. Y dejemos que las personas, en lo individual y como familias, especialmente los que han estado o están bajo la vara [correctora de Dios], inquieran cuáles son las causas de la contienda de Dios con ellos para que puedan ver por qué el Señor contiene.

2. Ser humillados por las cosas que causan la ira de Dios y volver sus corazones a Dios, quien sufrió en la persona de Cristo. Esto sería lo más sabio para nosotros (Lv. 26:41-42; Mi. 6:9). ¡No es el momento de vivir como los pecadores cuando Dios se ha levantado para alertarnos! Es el momento de caer humillados ante Él y, por medio de un cambio radical, apartarnos de los caminos que provocan a Dios. ¡Escuchemos la voz [correctora] de la vara! Clama a gran voz dos cosas en este día.

(1) Aprovechemos al máximo este tiempo para escuchar el Evangelio. Algunos sermones han sido los últimos que algunos pudieron escuchar. ¡Algunos escucharon el sermón del Día del Señor con buena salud y al siguiente domingo, estaban en la eternidad! Esto nos dice: “Escucha cada día como si fuera el último”.

(2) Valoremos mejor las misericordias temporales, no sea que provoquemos que Dios nos las quite. La salud, las fuerzas y otras comodidades temporales, han de ser administrados con sabiduría porque su duración no depende de nosotros (Ec. 9:10).

3. Ocupémonos y aseguremonos de la eternidad mientras vivimos. Recordemos la parábola del constructor prudente y el constructor insensato (Mt. 7:24-27) y lo fácil que es descuidar estos asuntos mientras gozamos de buena salud y tenemos fuerza.

(1) Cuidémonos de no perder nuestros intereses de más valor por culpa de un corazón engañoso, un mundo traicionero y un diablo astuto. Satanás anda rondando alrededor de muchos pobres ignorantes, engañándolos hasta el punto en que pierden su alma, su porción de Cristo y el cielo, y toda la felicidad del mundo venidero (Mt. 16:26). Y se pierden las bendiciones de Dios por satisfacer su lascivia, una práctica más tonta que si uno renunciara a una herencia por tener al instante un juguete infantil. Eso hizo Esaú. Por eso, sé sabio a tiempo.

(2) Cuidémonos de no dejar que se nos escapen las mejores ofertas por estar yendo tras vanidades (Pr. 17:16). No son pocos los que, ocupados

con las vanidades pasajeras de este mundo, se pierden la oportunidad de hacer tesoros en el campo del evangelio. Por lo tanto, seamos sabios.

(3) Cuidémonos de no llenarnos de sueños y fantasías que no tienen nada de realidad. Hay muchas vírgenes imprudentes con lámparas sin aceite y constructores imprudentes que edifican sobre la arena. Hay muchos, cuya vida no es más que un sueño continuo en que no juzgan nada acertadamente —ni a Dios, ni al cielo, ni al infierno ni al mundo— de modo que su despertar sólo puede ser terrible. Seamos sabios.

4. Preparémonos [oportunamente] para la muerte y el juicio (Mt. 24:44). Es cierto que, por naturaleza, no estamos preparados para ese gran cambio. Y, por desgracia, no estamos dispuestos a pensar en la muerte y el juicio ni a prepararnos para él. Pero la necesidad no tiene ley. Debemos morir y debemos estar preparados para la muerte o estaremos arruinados. Si no nos preparamos a tiempo, nuestra vela puede ser apagada antes de haber acabado nuestra obra en esta tierra.

(1) Hagamos un hábito, nuestra preparación para morir en un estado de gracia (Ro. 8:1). Asegurémonos de salir del estado natural en que nos encontramos y de entrar en el estado de gracia. Y entonces, venga la muerte cuando venga, nos transportará directamente al estado de gloria. Son dos cosas las que aquí nos tenemos que asegurar. [1] Asegurémonos de que ya tenemos una morada en el cielo. Allí no entrará nadie que no tenga derecho a ello (Mt. 25:34; 2 Co. 5:1). Los demás recibirán un portazo en la cara. “Pero”, puede ser que nos preguntemos, “¿cómo hago para tener derecho de ir al cielo?”. *Respuesta:* Desposémonos con el Heredero y el cielo será nuestra dote. El pacto eterno nos es presentado en el evangelio: Dios será nuestro Dios en Cristo y Cristo será nuestro en todos sus oficios¹¹. Por lo tanto, entremos en un convenio solemne y decidido con Dios esta noche, aceptando a Cristo y a su pacto, con la mirada puesta en la muerte y la eternidad. [2] Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). No seremos idóneos hasta cambiar de naturaleza. “¿Cómo me hago apto?”, quizá preguntemos. *Respuesta:* Creyendo y abrazando a Jesucristo por su Espíritu de santificación (1 Co. 1:30). En Él hay una plenitud del Espíritu para ser comunicada y la fe debe ver a Cristo por su Espíritu santificador. Despojémonos del hombre viejo y vistámonos del hombre nuevo; seamos nuevas criaturas y dejemos atrás las cosas viejas y todas serán hechas nuevas. Sin esto, en vano pretenden los hombres tener fe (2 Co. 5:17) y, en vano, buscarán los hombres el cielo (Jn. 3:3).

¹¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

Si los fielmente preparados mueren súbitamente o sufren un ataque delirante imprevisto y fallecen en sus delirios, están seguros porque “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1).

(2) Preparémonos para la muerte, en un marco de gracia, conscientes de su realidad para poder morir tranquilos. [1] Apurémonos en cumplir con la obra que se nos ha encomendado. Sea cual fuere el trabajo específico que nos viene a la mano para hacer, hagámoslo sin dilación para la honra de Dios (Mt. 24:46) porque si lo demoramos, podemos perder la oportunidad para siempre. [2] Conservemos siempre una limpia conciencia en nuestro diario vivir (Hch. 24:16). Y cuidémonos de cualquier controversia que puede haber entre Dios y nosotros, porque si la hay, nos pesará en la hora de la muerte. [3] Desahagámonos del mundo y soltemos todo lo que de él todavía tenemos, como el manto de José. [4] Aguardemos y seamos vigilantes (Lc. 12:36). No dejemos de pensar en la muerte y la vida venidera para que no nos sorprenda. [5] Por último, preparémonos para más pruebas y calamidades públicas y generales. Esto es un poco de la sabiduría que obtenemos cuando pasamos por infortunios. Recordemos que ataques cerebrales menores, por lo general, son precursores de otros mayores. Sodoma y Gomorra sufrieron un ataque menor, pero fueron destruidos por fuego del cielo (Gn. 14:10). Y nuestro Señor les dijo a los judíos que si no se arrepentían, morirían (Lc. 13:5), amenaza que se cumplió con la destrucción de Jerusalén. El día puede venir cuando los hombres alaben a los muertos y quizá se salven de este ataque menor, pero sufrirán prematuramente uno peor, antes de que todo llegue a su fin. Cuando la copa de la ira de Dios cunda por toda la tierra, aquellos que la toman primero, por lo general, terminan mejor. “¿Cómo nos prepararemos?”, preguntamos. *Respuesta:* Mantengámonos limpios de pecados y de las trampas del día y del lugar donde vivimos. Perseveremos en ser fieles al Pacto de Gracia¹², seguro e inalterable, y no sufriremos ningún mal.

Tomado de *Las obras completas de Thomas Boston (The Complete Works of Thomas Boston)*, Tomo 2 (Londres, William Tegg & Co. 1853), 665-670; de dominio público.

Thomas Boston (1676-1732): Pastor y teólogo presbiteriano escocés; nacido en Duns, Berwickshire, Reino Unido.



¹² **Pacto de Gracia** – El propósito eterno de redención, concebido antes de la creación del mundo, anunciado por primera vez en Génesis 3:15, revelado progresivamente a lo largo de la historia, cumplido en la persona y obra de Jesucristo, y apropiado por fe en Él.

EL MEDICAMENTO DE DIOS: LA ORACIÓN

Christopher W. Bogosh

DIOS programó todo antes de que comenzara el tiempo y controla todas las cosas en el tiempo. En vista de esta verdad fundamental de la fe cristiana, algunos pueden preguntar por qué debemos orar. ¿Qué efecto podrían tener nuestras oraciones, si Dios ya ha establecido su plan inmutable para lo que sucederá en nuestras vidas? En este capítulo, consideraremos esta importante paradoja a la luz del libro de Job y trataremos de desarrollar una teología para la oración en medio de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte.

El concepto popular acerca de la oración es que pedimos y recibimos o, en el contexto de las enfermedades, las dolencias y la muerte, pedimos sanidad, una variación de pedir y recibir. Aunque esto es parte de la oración, en realidad, es sólo un bocado en la vida cristiana. En esencia, la oración es una actividad comunal con el trino Dios bajo la influencia del Espíritu Santo (Ro. 8:26-27). El Espíritu Santo está en comunión dentro de nosotros, inspirándonos a recordar las promesas del Padre en Cristo, guiándonos a comprender su voluntad en vista de estas promesas y nuestra situación actual, y capacitándonos para pedir de acuerdo con su voluntad para nuestras vidas. Por medio de la práctica de la oración, el Espíritu nos guía a los lugares secretos de comunión con el trino Dios y sus propósitos eternos en medio de nuestras circunstancias actuales. La oración es muchísimo más que pedir y recibir; incluye reflexionar, recordar, agradecer, discernir, dialogar, estar en comunión, gemir, presentar quejas, interceder, depender, meditar y desear aquellas cosas que el trino Dios quiere que tengamos en el momento, a la luz de sus propósitos redentores.

A menudo, nuestro concepto de la oración se limita a pedir sanidad cuando oramos sobre la enfermedad. A veces, los cristianos dan por hecho que Dios quiere que sean sanados en esta vida, por lo que oran con ese fin. Un problema con esta pretensión es que malinterpreta lo que Jesús vino a hacer durante su ministerio terrenal y lo que hará todavía en su Segunda Venida. Aunque no es incorrecto orar pidiendo sanidad física, el enfoque de nuestras oraciones en este punto de la historia de redención, debiera ser nuestra restauración espiritual en Cristo y en las promesas de sanidad física por venir. Éste era el enfoque de Job y debe ser el nuestro.

Por qué debemos orar: Al principio de este [artículo], postulé la pregunta de por qué deberíamos orar, si Dios ya ha programado todo y lo cumplirá, no importa lo que digamos nosotros. Son, por lo menos tres, las razones por las que debemos orar. Primero, la Biblia nos ordena orar. Pablo nos dice “orad sin cesar” (1 Ts. 5:17). Cuando Jesús les enseñó a sus discípulos a orar, dijo “*cuando ores*” (Mt. 6:5, énfasis agregado), demostró que Él espera que la oración sea una práctica constante en la vida del creyente. Segundo, la oración nos recuerda nuestra dependencia de Dios. Jesús nos dijo que pidiéramos a Dios que fuera “hecha su voluntad” y a pedir “el pan... de cada día” (Mt. 6:10-11). Por último, la oración es el medio que Dios ha determinado para que podamos expresarle nuestros anhelos. Pablo nos dice: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios” (Fil. 4:6). Este tercer aspecto es en el que pensamos, principalmente, cuando consideramos la oración, pero igual de importante es nuestro deber para con Dios y nuestra dependencia de Él. La Biblia nos recuerda que dependemos totalmente de Dios en el acto mismo de orar. Cuando oramos correctamente, no oramos solos, el Espíritu Santo que mora en nosotros ora con y por nosotros. Pablo escribe: “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Ro. 8:26-27). El Espíritu Santo está activo en nosotros, capacitándonos para orar e intercediendo por nosotros de acuerdo con la voluntad de Dios. La oración auténtica es la oración dependiente del Espíritu, de manera que cuando oramos por otros o por nosotros mismos en medio de la enfermedad, dolencia, tragedia o muerte, tenemos que orar en el Espíritu Santo. Esto significa que nuestras oraciones tienen que estar enraizadas en el Espíritu Santo, nuestra piedra de toque¹³ para estar seguros de la voluntad de Dios. Las Sagradas Escrituras nos enseñan las verdades espirituales, históricas, redentoras, éticas y morales. Nos brindan promesas de consolación y nos advierten, nos aconsejan para dirigirnos y guiarnos, y nos enseñan acerca del trino Dios, quien nos amó y redimió. Tan importante como la seguridad que las Escrituras nos proporcionan, es su testimonio de nuestras experiencias subjetivas sometidas a la dirección del Espíritu Santo.

Las Escrituras tienen que ser aplicadas a nuestra alma. Es importante expresar en oración nuestros pensamientos, sentimientos y anhelos, pero tienen que sujetarse a las Escrituras, y es allí donde el Espíritu nos ayuda

¹³ **Piedra de toque** – Es una expresión frecuente que se utiliza para manifestar la importancia de algo o alguien, que puede determinar el valor o la autenticidad de una sustancia o, metafóricamente, una acción o expresión. Nos indica su veracidad.

a no desviarnos. En la aflicción, nuestras oraciones deben incluir tres áreas importantes, reconociendo la revelación más plena que disfrutamos de las Escrituras. Primero, tenemos que orar pidiendo la evidencia clara de la salvación en Cristo, nuestro Redentor y la Roca en la que la firmeza de nuestra fe está fundada. Segundo, tenemos que orar por la renovación del hombre interior, aun cuando el hombre exterior está agonizando. Nuestro cuerpo puede estar moribundo y rumbo a la sepultura, pero aun así, hemos de orar que ocurra una renovación interior, a medida que el Espíritu nos prepara para la resurrección de un cuerpo glorioso en el día de venganza de nuestro Dios. Tercero, necesitamos orar que el Espíritu Santo nos capacite para enfrentar la enfermedad, dolencia y muerte sin temor, creyendo sin dudar en la misericordia plenamente suficiente de Cristo, abrazando fuertemente la finalidad de nuestra fe —la persona de Jesús— y confiando sólo en los méritos de su justicia para nuestra salvación, como lo hizo Job.

Oremos pidiendo que el Espíritu Santo fortalezca nuestra unión con Cristo. Nuestra fe nos une a Cristo. No nos sorprenda entonces, que la seguridad de esta salvación pueda ser un área donde se libra una batalla difícil para el creyente que enfrenta la enfermedad, dolencia y muerte. Nuestro cuerpo es pecaminoso y, por ello, afectado por desequilibrios bioquímicos que pueden causar nerviosismo, excitación, agitación y letargo. Nuestros pensamientos son pecaminosos y, por lo tanto, están plagados de anomalías psicológicas que dan cabida a una gran cantidad de pensamientos, sentimientos y emociones inapropiadas. Nuestra voluntad es pecaminosa y, por lo tanto, está llena de idolatría, inmoralidad y rebelión contra Dios. También enfrentamos un enemigo, Satanás, quien busca devorarnos aprovechando esta depravación profunda. No sorprende que cuando nos ataca la aflicción, el cuerpo y el alma se tornan vulnerables, y Satanás aumenta sus ataques. Las discapacidades que aparecen por la enfermedad pueden quitarnos claridad mental y ensombrecen las claras evidencias de nuestra salvación en Cristo. La fe opera en la esfera del pensamiento abstracto que el dolor, ansiedad, temor, depresión, desequilibrio neurológico y psicológico pueden entenebreecer y, por consiguiente, entorpecer el ejercicio de nuestra fe, según el conocimiento revelado de Cristo. Los medicamentos y otros recursos medicinales y quirúrgicos para tratar los síntomas, pueden ayudar a lograr estabilidad corporal y claridad mental, por lo que corresponde pedir a Dios que bendiga estos medios, pero de mayor importancia es que oremos que el Espíritu Santo obre directamente en nuestras almas para confirmar las claras evidencias de nuestra salvación en Cristo. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mt. 16:24). Este mandato no pierde autoridad cuando enfrentamos una enfermedad,

dolencia o la muerte. Tenemos que orar que no haremos de nuestra enfermedad, dolor, sufrimiento físico y pedido de alivio, el enfoque de nuestra oración. Cualquier intervención médica, farmacéutica o quirúrgica debe ayudarnos a enfocar nuestra atención en Cristo; Él tiene que ser el centro. Debemos orar que la autocompasión no nos consuma.

La autocompasión no tiene justificación en la vida cristiana bajo ninguna circunstancia; sólo las acciones de negarnos a nosotros mismos la tienen, y estas nos ayudan a ver a Cristo con mucha mayor claridad y a aprovechar los tratamientos médicos y quirúrgicos con más discernimiento, lo que nos capacita para aferrarnos con más fuerza a nuestra salvación en Cristo. El enemigo definitivo es Satanás... él es el gran impostor, mentiroso y asesino. Busca devorarnos y lo hace atacando las debilidades corporales, mentales y espirituales. Es un experto en usar la depravación humana y este mundo caído para lograr sus propósitos. La meta de Satanás es entenebrececer las evidencias de nuestra salvación en Cristo para que nos sintamos abandonados por Dios o para que cuestionemos su autoridad sobre nuestra vida. Todavía hoy Satanás pregunta a los creyentes: “¿Conque Dios os ha dicho...?” (Gn. 3:1) y cuando estamos sufriendo constantemente los asaltos corporales, mentales y espirituales, y cuando la muerte ya parece inminente, usará esta pregunta o una similar, como palanca para entorpecer nuestra confianza en Cristo. En el caso de la aflicción corporal, Satanás intentará que enfoquemos nuestra atención en nuestro sufrimiento.

Satanás probablemente diga cosas como: “Este sufrimiento es inútil, ¡acaba con él! Puedes suicidarte legalmente en Vermont, California, Montana, Oregón y Washington. Esas pastillas recetadas, tómatelas todas de una sola vez para que ya nada importe. ¿Qué clase de Dios te dejaría sufrir tanto?”. O por otro lado, podría decir cosas como: “¿Crees realmente que dejarás de sufrir después de que mueras? ¡Te mueres y todo se acaba! El cielo es una ficción. Tienes que vivir para el aquí y ahora. Busca más tratamientos. Hay otra droga nueva para probar. ¡Pruébala! ¡Sé fuerte! Usa todos tus ahorros en esa cura milagrosa en Nuevo México. Dios quiere que te sanes cueste lo que cueste”. En cuanto a nuestra vida mental y espiritual, Satanás intentará sembrar dudas y desesperación. Dirá cosas como: “Amigo mío, tienes razón en sentirte ansioso y con miedo. Te estás muriendo y todo lo que crees es absolutamente falso, Jesús, salvación, ¡qué tonterías! Mira amigo, si Dios realmente existiera, no permitiría que estuvieras pasando por esto. Tu esperanza se basa en promesas vacías de un libro anticuado”. O podría decir: “El infierno es una realidad, ¡y allí es dónde vas! Vamos, si realmente creyeras en Jesús, no

le tendrías miedo a la muerte. Pero, ¡mírate! Tienes temor, estás deprimido, ansioso, enfermo y pecador y ¡aun así, pretendes que eres cristiano! Dios nunca aceptará a alguien como tú; de hecho, ¡te aborrece!”. Necesitamos orar apasionadamente que el Espíritu Santo nos conceda de su poder para que podamos ver claramente a través de la cortina de humo de Satanás, la evidencia de nuestra unión inquebrantable con Cristo.

Oremos que el Espíritu Santo renueve nuestro hombre interior: Habiendo orado, pidiendo poder percibir claramente las evidencias de la salvación en Cristo, ahora tenemos que orar pidiendo la renovación del hombre interior, aun mientras el hombre exterior muere. Por medio del nuevo nacimiento, quedamos espiritualmente libres de la esclavitud del pecado, la idolatría, Satanás y la muerte. El proceso de renovación espiritual comenzó en la totalidad de la persona. En nuestro exterior, nuestro cuerpo físico está pereciendo, escribe Pablo, pero en nuestro interior nuestra alma “se renueva de día en día”, aun cuando se acerca la hora de la muerte (2 Co. 4:16). Las enfermedades, los sufrimientos, dolencias, traumas, declinación, muerte y todos los males de este mundo actual, tendrán su efecto inevitable sobre nosotros, pero cobremos aliento porque el Espíritu Santo nos está renovando en nuestro interior. Es importante notar que la renovación espiritual que vivimos no concluye con la muerte, sino con la segunda venida de Cristo, el día de venganza de nuestro Dios. Por lo tanto, oremos como Juan: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap. 22:20). La consumación de la redención es nuestra meta y ocurrirá cuando Jesús vuelva. En aquel gran día, poseeremos un cuerpo como el de Cristo resucitado y seremos físicamente sanos. Nuestras oraciones, como las de Job, trascenderán los sufrimientos del presente a la esperanza de un futuro de paz, descanso, felicidad, sanidad completa y glorificación. No debemos ser miopes, viendo sólo la muerte y nuestra alma separada del cuerpo entrando en el cielo; en cambio, debemos ver mucho más allá de la muerte y la existencia sin cuerpo hasta el fin del mundo como lo conocemos, a la segunda venida de Cristo, el día de redención, y la reunificación y glorificación de nuestro cuerpo y nuestra alma. Nuestras oraciones incluyen los anales del tiempo hasta el final y deben colocar nuestros sufrimientos actuales dentro del contexto correcto de redención eterna, sanidad física, restauración y glorificación.

Oremos que el Espíritu Santo nos guíe para saber cómo hacer nuestra la victoria de Cristo. Por último, hemos de orar que podamos perseverar en nuestra fe sin temor al enfrentar la muerte. Hay un temor lógico a la muerte que ayuda a evitar situaciones que nos podrían dañar, pero existe también un temor indigno a la muerte que nos compele a evitarla, cueste

lo que cueste. Es contra este temor indigno que tenemos que orar. Nuestra súplica, en este sentido, consta de tres partes. Primero, oramos que el Espíritu Santo nos dé más confianza en la misericordia inagotable de Cristo. Segundo, oramos que el Espíritu Santo nos capacite para aferrarnos vigorosamente al objeto de nuestra fe: la persona de Cristo. Tercero, oramos que el Espíritu Santo nos ayude a confiar únicamente en los méritos de Cristo para nuestra salvación. Por último, oramos que el Espíritu Santo nos dé poder para perseverar en confesar sin vacilación: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:55-57). Jesús obtuvo la victoria sobre la muerte y ésta es nuestra seguridad al enfrentar, con el poder del Espíritu Santo, toda enfermedad, dolencia y la muerte. Podemos tener dudas, por eso oramos pidiendo una fe más fuerte, que es el antídoto de la duda. Jesús le dijo a Tomás, quien dudaba de que hubiera resucitado: “Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Jn. 20:29). Bienaventurados son, según Jesús, aquellos que no lo han visto físicamente, pero que lo ven espiritualmente por fe. Oramos pidiendo una confianza absoluta en las promesas que declaran la misericordia de Cristo. Las misericordias del trino Dios prometidas en Jesús ahuyentan las dudas y, a medida que el Espíritu Santo nos da poder para aceptarlas, fortalecen nuestra fe en la persona de Jesús. Jesús es una persona real y viva que siente, ama y se interesa por nosotros. Nos demuestra compasión (Jn. 1:14), es miembro de nuestra familia (Ro. 8:15-17) y amigo (Jn. 15:14). Necesitamos orar que podamos aferrarnos con más fuerza a estas verdades, pero nuestra oración no debe quedarse allí. Jesús es también único en su persona. No sólo es hombre, sino que también es el Dios-Hombre perfecto: Cristo (1 Ti. 2:5). Por lo tanto, oremos que podamos aferrarnos a Cristo como mediador, quien por su muerte y resurrección (1 Co. 15:55-57), anuló el poder de la muerte sobre nosotros, abrió el camino al cielo (He. 9:24) y nos espera anhelantemente para recibarnos del otro lado de la sepultura (Ap. 21:4). Cuando nos encontramos angustiados por alguna enfermedad, dolencia y agonizando, pueden ocurrir cambios bioquímicos, neurológicos y psicológicos que nos pueden provocar malos pensamientos, palabras duras o conductas impías. Aunque compungidos y arrepentidos, todavía quizá sintamos que no somos lo suficientemente buenos para comparecer ante Dios. Por lo tanto, necesitamos orar que el Espíritu Santo nos capacite para perseverar en la obediencia impecable de Cristo a la Ley de Dios por nosotros. Pablo nunca se cansó de recordar esta verdad. Escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y

se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gá. 2:20-21). Jesús nos mantiene seguros, aun cuando pecamos contra Él (2 Ti. 2:13) porque es Aquel que guardó la Ley por nosotros, quien nos promete perdón y nos dice que jamás pereceremos (Jn. 10:28).

Oremos pidiendo sanidad: Habiendo orado que el Espíritu Santo obre en nosotros, entonces podemos pedirle a Dios que, si es su voluntad, nos agregue días de vida. Cuando uso la expresión *oración de sanidad*, no estoy pensando en una sanidad milagrosa, aunque Dios puede darla y, a veces, lo hace. No se trata de oraciones con ungimiento de aceite o imposición de manos en pos de una sanidad especial. No es el ungimiento ni la imposición de manos lo que causa estos milagros; más bien, es la voluntad predeterminada de Dios. Si una sanidad coincide con la oración, ¡alabado sea Dios por su voluntad de sanar al enfermo! En la actualidad, Dios se complace mayormente en obrar para curarnos a través de los medios comunes de la ciencia médica y los profesionales en el cuidado de la salud. Por lo tanto, debemos orar que Dios bendiga y use estos medios, y no preocuparnos demasiado por los milagros. Nuestro deseo debe ser querer seguir viviendo en esta vida siempre que sea la voluntad de Dios, y hacerlo nos capacitará para proclamar el año agradable del Señor. Hay tres cosas para considerar cuando oramos pidiendo sanidad física. Primero, debemos pedirle a Dios que sane la herida, enfermedad o dolencia que sufrimos, bendiciendo la aplicación de los tratamientos médicos, quirúrgicos o farmacéuticos. Luego, debemos pedir al Espíritu Santo que nos ayude a curarnos, rehabilitarnos o mantener nuestro estado de salud con el tratamiento que se nos recete y que, en el proceso, nos renueve las fuerzas físicas. Por último, debemos orar que el Espíritu Santo nos recuerde que Dios ya nos libró de nuestra aflicción y demos gracias por ello. La oración es el remedio de Dios para nosotros en medio de la enfermedad, dolencia, sufrimiento, trauma, tragedia y muerte. Es por medio de la práctica de la oración que le decimos a Dios las mismas palabras de Él bajo la inspiración del Espíritu Santo y profundizamos nuestra comunión con Él como lo hizo Job. A cambio, Él le da consuelo, esperanza, dirección, seguridad y sanidad espiritual a nuestra alma. La oración es mucho más que pedirle a Dios sanidad física. Es un acto espiritual de adoración y comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo donde reconocemos nuestra total dependencia del trino Dios, su Espíritu que mora en nosotros, su voluntad, sus propósitos redentores y restauradores para nuestras vidas. La oración en medio de la muerte mantiene nuestras esperanzas centradas en Jesús y esto es crucial en vista de las respuestas sin esperanza que ofrece la medicina al final de la vida.

Tomado de Jesús compasivo: Volviendo a pensar en la postura del cristiano hacia la medicina moderna (*Compassionate Jesus: Rethinking the Christian's Approach to Modern Medicine*), Reformation Heritage Books, 97-118; usado con permiso; heritagebooks.org.

Christopher W. Bogosh: Predicador y maestro de New Hope Baptist Church, Saint Marys, GA y enfermero diplomado que trabaja en Community Hospice del noreste de Florida.



Las enfermedades no atacan por casualidad ni por mala suerte, sino por la mano de Dios. Tenemos que aprender a creer esto, lo cual hará que nos beneficiemos de las enfermedades más de lo que hacemos usualmente. Si el hombre creyera esto, el resultado sería que el corazón más duro, se arrepintiera durante una enfermedad. Porque diría: “¿Es Dios quien me ha postrado con una enfermedad? Sin duda, es para humillarme por algunos de mis pecados, para que yo los reconozca, los abandone y me vuelva a Él”. Así reaccionan los siervos de Dios, como cuando el profeta fue a Ezequías y le dijo: “Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared, e hizo oración a Jehová” (Is. 38:1-2) y lloró también por otras cosas, en especial por sus pecados. Y Jacob, estando listo para morir: “Por la fe Jacob, al morir... adoró apoyado sobre el extremo de su bordón” (He. 11:21), levantando su cuerpo para reverenciar a Dios, que testimonia de su humildad, fe y esperanza. Lo mismo debemos hacer nosotros sí podemos y, al hacerlo, veremos que nuestra enfermedad se convierte en una bendición para nosotros.

—William Perkins

La enfermedad es un medio que Dios usa para obrar el arrepentimiento. Dios lo hace, aun en el lecho del enfermo; y es Dios mismo quien lo hace cuando hay salud y, aunque los medios que obran arrepentimiento son más probables y la certidumbre del arrepentimiento más fácil de discernir en la salud que en la enfermedad, arrepentirse es tan difícil en la salud como en la enfermedad, en ambos casos es la gran obra del Dios omnipotente.

—Matthew Poole

EL LECHO DE MUERTE NO ES FAVORABLE PARA ENCONTRAR VIDA ETERNA

John D. Wells (1815-1903)

CON firmeza y gustosamente, afirmo que muchos pecadores son llamados, justificados y salvados en su lecho de muerte. Con la esperanza de que el número aumente significativamente por la bendición de Dios y los esfuerzos denodados de pastores cristianos y otros, pido que me presten atención en cuanto a esto...

Sea cual fuere la naturaleza de la enfermedad, en ella está la mano de Dios. Las causas secundarias, de las cuales nosotros y otros nos ocupamos tanto, no escapan al control de la Gran Causa Primaria. La malaria y otras dolencias con calamidades de todo tipo, están sujetas a la voluntad divina. Y al Cristo vivo y exaltado le es dado ser “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:22). Esta gran verdad debería ser reconocida y apreciada, mucho más de lo que se estima. ¿Qué puede ser de más consuelo cuando nosotros mismos estamos enfermos o en peligro? Igualmente, alentamos los esfuerzos por llevar la salvación a otros que están, o parecen estar, al borde de la muerte. No obstante, la verdad me obliga a decir que el lecho de muerte es el lugar más desfavorable para aferrarse a la vida eterna. Para dar prueba de esto, les pido que me atiendan con toda seriedad:

Las invitaciones y promesas de la Biblia están dirigidas, principalmente, a personas evidentemente sanas. Es de esperar que los jóvenes recuerden a su Creador en los días de su juventud, antes de que vengan los días malos cuando la mayoría digan: “No tengo en ellos contentamiento” (Ec. 12:1). Tarde o temprano llegan esos días malos acompañados de debilidad física y trastornos mentales. Aunque tarden, al fin llegan, en muchos casos, si no todos, con declinación y decaimiento de espíritu características de la vejez. Es un hecho ampliamente verificado que nos acercamos al Señor y encontramos grandes consuelos de esperanza en el apogeo de la vida: “Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan” (Pr. 8:17). Esta dulce promesa de sabiduría personal concuerda, perfectamente, con lo que Jesús, tomando a los niños en sus brazos, dijo mucho después: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios” (Mr. 10:14).

El plan revelado para salvar a los perdidos supone que, por lo general, se

anuncia públicamente el mensaje de salvación en lugares de reunión. Así fue el día de Pentecostés cuando tres mil fueron agregados a la Iglesia y, poco después, cuando otros miles aumentaron el número de discípulos. Los siervos auténticos de Dios son “embajadores de Cristo” (2 Co. 5:20). Son mensajeros, heraldos autorizados y enviados a dar a conocer los términos de la paz y a publicar las buenas nuevas de gran gozo. Es claro que se les requiere predicar el evangelio de casa en casa, al igual que en lugares públicos; a personas individualmente —jóvenes y ancianos— según tengan la oportunidad. Aun así, su gran comisión presupone que tienen acceso a multitudes donde se reúnen y no precisamente, a cuartos ensombrecidos por la enfermedad. Es cierto que muchos no salvos van a funerales en casas de familia o lugares de adoración pública por respeto al difunto, cuyo cuerpo está próximo a ser sepultado, para ofrecer sus condolencias o por una curiosidad mórbida, y que en estas ocasiones, el evangelio puede ser predicado con fidelidad y sinceridad. Pero creo que, raramente, producen el beneficio de la salvación. Cierta pastor muy devoto y con años de experiencia dio testimonio de que nunca supo de un pecador vivificado que aceptara a Cristo como resultado de haber asistido a un servicio fúnebre. Su explicación es ésta: Aunque es verdad que Dios siempre está atento para mostrar su gracia y que no se complace en la muerte del impío; es cierto también que no permite que lo deshonren, ni que el evangelio de su gracia sea ignorado por los que no se encuentran con Él regularmente en su casa, pero que no están dispuestos a dejar de asistir a los servicios fúnebres por alguna de las razones ya enunciadas.

A lo largo de mi ministerio, ha sido mi meta que los servicios fúnebres sean provechosos para los vivos, de consuelo para familiares y amigos de la persona fallecida y para salvación de los perdidos. En un solo caso, en que realicé el servicio para el sepelio de un hombre de negocios que se había quitado la vida, tuve razón para pensar que uno de sus vendedores se conmoviera para salvación bajo el influjo de las palabras dichas y la solemnidad extrema de la ocasión. Fue recibido en la comunión de nuestra iglesia, pero después de algunos años de vivir consecuentemente en relación con nosotros, desapareció y no sabemos dónde está ni si todavía vive¹⁴.

Es de suponer que las personas a las que el evangelio llega con poder salvífico, estarán activas y al servicio agradecido de su nuevo Señor. Es así que estando ociosos a cualquier hora, son llamados a trabajar en la viña del Señor y recibir el salario que nunca deja de dar a aquellos que le sirven. Dotados de talentos, sea uno o muchos, de acuerdo con su habilidad particular, deben usarlos para adquirir ganancias, a fin de poder rendir cuentas con gozo y no

¹⁴ Desde que presenté esta conferencia, me he enterado de un pastor eminente, cuyo nombre no me siento en libertad de mencionar, quien cree que bajo su ministerio, muchos han sido ganados para Cristo por el Evangelio predicado en servicios fúnebres.

con tristeza, y ser de influencia en su comunidad (Mt. 20:1-16).

Ocupados en el trabajo honesto de sus campos o sus negocios, o aun satisfechos con disfrutar de sus familias, son llamados a un banquete, “una gran cena” (Lc. 14:16), por Aquel que no pone obstáculo a las ocupaciones honorables y la felicidad doméstica, sino que con sus generosos e inmerecidos banquetes de amor, prepara a sus convidados para un servicio activo y les otorga grandes recompensas. En ésta y otras parábolas de nuestro Señor, no hay nada que sugiera enfermedad y la interrupción de los trabajos propios de la vida.

Es una realidad histórica que la familia de Dios sobre la tierra tiene su principal aumento entre los que son fuertes y gozan de buena salud. En los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, encontramos muchos casos de individuos que acudieron al Señor durante el ministerio de Cristo y el de aquellos que le servían en los primeros años de este ministerio del Espíritu. No fueron personas conducidas a la sobriedad y la piedad por una enfermedad grave con peligro de muerte. Los milagros de sanidad realizados por Jesús tenían mayormente, la intención de mostrar que el Hijo del Hombre tenía poder sobre la tierra para perdonar pecados y preparar testigos que harían públicas las alabanzas de Aquel que, no sólo los había sanado de una enfermedad, sino que los había llamado de muerte a vida.

Cuando el Espíritu Santo fue dado a los once y sus asociados, hombres y mujeres piadosos, pronto se les abrió un camino para alcanzar a la gente de Samaria y Cesarea, de Antioquía y las ciudades de Asia, de Macedonia y Acaya, y otras partes de Europa.

Hasta el día de hoy, como “hostias sacramentales”, [es decir, sin levadura de pecado] somos comisionados y, bajo el mandato de nuestro Señor, se nos requiere vestirnos con toda la armadura de Dios para luchar contra nuestros enemigos, que son también los de Él, y marchar adelante, tomando posesión de aldeas, ciudades, continentes y el mundo, en nombre de nuestro Señor.

Considerando todo el panorama, casi pareciera que el Dios de salvación perdió de vista el lecho del enfermo al buscar a sus hijos para integrar su familia sobre la tierra.

Como prueba adicional de que el lecho del enfermo y de muerte no es un lugar favorable para encontrar la salvación de Dios, recordemos la naturaleza del evangelio. Se trata de las buenas nuevas de salvación por la fe en Jesucristo. Pero es también una colección de verdades preciosas que tenemos que aprender, creer y vivir. Se relacionan con el ser, el carácter y las perfecciones de Dios; con la espiritualidad de su Ley, a la persona, los oficios y la obra redentora del Hijo amado de Dios, nuestro Señor Jesucristo; con la persona y obra del Espíritu Santo, a quien le corresponde

convencernos de pecado, de darnos vida juntamente con Cristo, convencernos y capacitarnos para aceptarlo, tal como nos lo ofrece el evangelio.

En esto, por lo tanto, hay un llamado para que el hombre pecador oiga, aprenda, crea y practique la verdad. Felizmente, esto no depende de la agudeza de su intelecto. Conocí a un joven quien no se destacaba precisamente por su inteligencia, cuya naturaleza entera parecía desmoralizada —si no es que endemoniada— que fue llevado a los pies del Salvador y al servicio de su Maestro bajo el ministerio del joven sr. Malcom, alumno de este seminario mientras estaba yo allí, y fue de mucho provecho en un gran avivamiento que resultó en la salvación de muchas almas.

Aun así, es obvio que las personas debilitadas por sus enfermedades físicas y, a veces, con su mente confusa por demencia o torturadas por fuertes dolores, no se encuentran en una condición favorable para recibir instrucción, ni siquiera para escuchar las invitaciones más agradables que pueden llegar a sus oídos.

Debemos agregar aquí una palabra sobre la relación entre el cuerpo y la mente. Constituyen una persona. La muerte los separa, pero sólo por un tiempo. Sea cual fuere el cambio, serán reunificados en la resurrección del día final. Hasta la muerte, se mantienen unidas por un lazo que ningún cirujano con su bisturí puede cortar. Suéltese “el cordón de plata” y el cuerpo volverá a la tierra de donde es y el espíritu volverá a Dios que lo dio (Ec. 12:6-7). Aun así, la personalidad no se destruye, aunque no es lo que será cuando el cuerpo sea levantado y adecuado para sus nuevas condiciones; en luz o tinieblas, con Cristo donde Él está o separado de Él, por elección y por el juicio justo del Señor.

En vista de esto, ¡qué profunda es la unión del cuerpo y el espíritu durante esta vida mortal! “Mente sana en un cuerpo sano” ha llegado a ser un proverbio; su verdad debería llamar la atención y cautivar a todos los que buscan almas y a todos los que todavía no han encontrado la vida eterna en Jesucristo o mueren en sus pecados.

Hay algunas enfermedades y sufrimientos físicos que tienen un efecto tan doloroso sobre el sistema nervioso, que el enfermo no puede contener sus gritos de agonía y pierde la capacidad de pensar. A pesar del cuidado tierno de sus seres queridos y del pastor, estos tienen que admitir que es inútil instarle que acepte al Salvador. Job, hombre paciente, exclamó: “Me quebrantó de quebranto en quebranto; corrió contra mí como un gigante” (Job 16:14).

Hay enfermedades de desequilibrio químico en el cuerpo por las que el enfermo se debilita y pierde el deseo de vivir. La sangre corre lentamente por las arterias y las venas. Puede ser por secreciones insalubres desde adentro o de sustancias tóxicas del exterior. Los labios pierden su color y

los ojos su brillo. Los terrores nocturnos asaltan al paciente y en su alma todo es tiniebla. Se olvida de comer su pan de cada día. Uno trata en vano de reanimarlo con las buenas nuevas de salvación o algunas otras buenas noticias y, en esta condición, su cuerpo puede dormir su último sueño.

En el caso de que viva, es de esperar que no le invada la sombra de una melancolía opresiva. Aun en sus mejores momentos, puede morir en su corazón la esperanza de algún cambio para bien. He conocido cristianos de años de experiencia en estas circunstancias que se sienten compelidos a decir que, si su salvación dependiera de realizar algún esfuerzo para recibir el evangelio, morirían. Sólo pueden esperar sin temor que pase su enfermedad, sabiendo a quién han creído y están seguros que es poderoso para guardarlos hasta la segunda venida (2 Ti. 1:12). De hecho, yo mismo me he encontrado en esa situación.

Otras enfermedades producen excitación y ansiedad. Algunos padecimientos y muchas fiebres son propensos a esto. La circulación se acelera. El cerebro y todo el sistema nervioso producen una actividad inusual. La mente puede llenarse de pensamientos que nada tienen que ver con la realidad. A menudo, esto es seguido por delirios descabellados y el paciente vive por un tiempo en un mundo al que no tienen acceso ni sus amigos más íntimos. Es doloroso ser testigo de tales divagaciones mentales, aun cuando uno tiene razón de creer que la vida está escondida con Cristo en Dios, porque, a veces, parecen dar muestras de un carácter contrario al que normalmente tiene el doliente. Es más que doloroso —hasta espantoso— saber que, en estas circunstancias, algunos han dado señales de interés en el Salvador y, aparentemente, llegan a ser discípulos amantes, pero, aun así, al volver a la normalidad no recuerdan sus pensamientos, emociones o palabras. Muchos pastores y médicos me han contado de enfermos que han pasado por todas las etapas de vivificación, convicción, conversión y gozosa confesión de Cristo como su Salvador. No obstante, al recobrase, no recuerdan nada y, por su manera de vivir, es evidente que no hubo en ellos un cambio para salvación.

En un caso, compartido por el Rev. Benjamin Holt Rice, D.D., en aquel entonces pastor de la iglesia presbiteriana en Princeton, una joven que era la belleza del lugar, alegre y mundana, enfermó de tifoidea. En aquel entonces, el Dr. Rice era un pastor joven y, al ser llamado para visitarla, lo hacía todos los días. Al final, pensaban que estaba próxima a la muerte. Creyendo que así era, ella pidió la presencia de sus familiares, que conocían la vida vana que había vivido. Les dijo que había encontrado paz en creer, que creía que sus pecados habían sido perdonados en nombre de Cristo y que estaba a punto de partir para morar con Él para siempre.

Despidiéndose de todos, les rogó que se encontraran con ella en el cielo y luego, esperó silenciosamente su final.

Su pastor no tuvo la menor duda de que fuera una pecadora salvada por gracia. Se despidió de ella con la grata esperanza de encontrarla un día y para siempre entre los redimidos en el cielo. El día siguiente acudió a su casa, suponiendo que ya había fallecido, pero para su sorpresa, se encontró con que la crisis de su enfermedad había pasado y que estaba convaleciente. Por lo tanto, le pareció mejor interrumpir sus visitas diarias por un tiempo. Cuando fue a verla de nuevo y le habló del cambio en su manera de pensar y en sus sentimientos, se horrorizó al oír de los propios labios de ella que no recordaba, en absoluto, sus visitas, ni nada de lo que dijo que le había hecho pensar a él y a su familia que era una hija de Dios. Volvió a sus malos pasos y fue sólo después de muchos años que buscó de corazón al Salvador.

No puedo terminar este mensaje sin hacer notar en relación con esto, una realidad que todo pastor conoce para su tristeza: Cuando algunas personas se enferman y ansían recuperarse, no aceptan que se les hable sobre religión ni que se eleven oraciones en su presencia porque estos actos les sugieren que probablemente no se recuperarán. No piensan que un pastor, aunque sabio y fiel, sepa mucho acerca de las enfermedades y, si no se lo impiden, se les acerca y son de poca o nada de ayuda. Y quizá no saben todavía que la esperanza de vida eterna es un remedio maravilloso para el cuerpo que sufre. Lamento tener que agregar que algunos médicos desconocen esto y, si pudieran, hasta excluirían a los pastores de los cuartos de sus pacientes.

Entonces, tenemos esta anomalía —es peor, creo que es una artimaña del diablo— que los hombres saben que, en algún momento, se enfermarán y deciden esperar hasta entonces para considerar seriamente la verdad de la Palabra de Dios y la salvación de sus almas. Luego, cuando llega la enfermedad, no quieren escuchar el mensaje de salvación ni la oración de fe, no sea que se vean obligados a pensar que podrían morir sin estar preparados para el gran evento de la eternidad. Entonces, rechazan todas las oportunidades de salvación. Si se recuperan, corren el peligro de endurecerse y no arrepentirse ni creer. Al morir, parten sabiendo que comparecerán ante Dios sin estar preparados.

Tomado de *El pastor en el cuarto del enfermo* (*The Pastor in the Sick Room*). (Vestavia Hills, AL: Solid Ground Christian Books, 2004), 17-30, solid-ground-books.com.

John D. Wells (1815-1903): Pastor presbiteriano norteamericano.



VISITANDO A LOS ENFERMOS

George Swinnock (1627-1673)

NUESTRO deber es visitar a los enfermos. El mandato de visitar a los enfermos es de tanta importancia como cualquier otro que se relaciona con nuestros prójimos y, sin embargo, se cuenta entre los más descuidados y olvidados. La enfermedad es tan común y la muerte tan normal que, en la mayoría de los casos, su frecuencia le resta importancia, y la compasión que debiéramos tener por los enfermos, muere tan rápido como los enfermos mismos.

La generalidad de los pretendidos cristianos, como aquel sacerdote y aquel levita, ven a un hombre herido, tanto física como espiritualmente, y aunque sea de muerte, pasan por un lado porque no quieren inmiscuirse con nadie que esté sufriendo... Muchos en su lecho de muerte, cuyas almas están más graves y más peligrosamente enfermas que su físico, podrían reprochar a su pastor o sus amigos (porque el deber es del pueblo, tanto como del pastor) casi con las palabras de Marta a Cristo: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (ver Jn. 11:32). Algunos visitan a los enfermos, más bien por compromiso que por misericordia, o para aparentar ser más nobles que sus vecinos... La conversación de estos es mayormente sobre asuntos de este mundo y nada sobre sus grandes preocupaciones por el tema de la eternidad. Otros, a veces, hablan de sus inquietudes, pero lo hacen con tanta deficiencia, con palabras para consolar, cuando la necesidad es hablar de la degradación del espíritu humano y no de confeccionar almohadas para poner debajo de la cabeza de sus amigos, a fin de que puedan morir más cómodos.

O si les dicen el peligro que corren, lo hacen de una manera tan fría e indiferente... que es más peligrosa esta medicina que la enfermedad. La enfermedad de sus almas tiene cura, pero los remedios que toman la tornan incurable... ¡Ah! ¡Qué terrible es cuando un [charlatán] se inmiscuye y juega con el alma inmortal que apenas está entrando a la patria celestial! “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34). Galeno¹⁵ dice, con respecto a los medicamentos: “No hay nada pequeño en la práctica de la medicina; todo es de consecuencia, un error pequeño puede causar la muerte”. Con más razón digo yo: “No hay nada pequeño en la práctica de la medicina para el espíritu, un error pequeño en nuestras recetas a las almas enfermas puede causar mucho daño”. En lugar de

¹⁵ **Galeno** (129- 216) – Médico, cirujano y filósofo romano.

curarlo, podemos matar al paciente. El paño mojado de Hazael no fue más mortal para el cuerpo de su señor de lo que son la mayoría de las palabras dichas al alma enferma de un prójimo (2 R. 8:9-15). El temor de desagradar y una inclinación por halagar, es demasiado común entre muchos, para calmar a sus amigos moribundos que terminan en llamas que nunca se apagan. Es indudable que hay más amor (al igual que más fidelidad) en asustar a un enfermo para sacarlo de su letargo espiritual, que tratar de calmarlo y empujarlo hacia el lago eterno de fuego y azufre. Algunos seres venenosos cosquillean al enfermo hasta que ríe, aunque lo están picando mortalmente; lo mismo hace el pastor o amigo lisonjero que, sin contar con la gracia, levanta al máximo el ánimo del enfermo, dándole esperanza de ir al cielo, sólo para arrojarlo al abismo de angustias irreparables y dejarlo enfrentar la realidad en el infierno.

En primer lugar, presentaré dos o tres razones para motivar al lector a ocuparse de esta obra y, luego, le daré pautas sobre cómo haberlo.

Primero, es un mandato de Dios a usted. El hombre tiene la tendencia de creer que visitar a los enfermos es un acto de cortesía y civilidad que puede omitir o realizar según le plazca. [En cambio], es un acto de caridad y cristianismo que le corresponde por precepto divino a cada cristiano. Se requiere, especialmente de los ministros de Cristo, pero también de cada miembro del cuerpo de Cristo. Cuando Dios le da la oportunidad, le debe esto a su prójimo: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él” (Stg. 5:14-15). La misma palabra que manda al enfermo llamar al anciano, manda al anciano a ir; es un camino de dos vías. Por cierto, es una falta grave de muchos enfermos no mandar a llamar al pastor o si lo hacen, es cuando han perdido toda esperanza para su físico y entonces, deciden buscar alguna esperanza para sus almas. Por otro lado, a veces es deber del anciano acudir, aunque no lo llamen. Es buena educación acudir a la casa de duelo. El Señor lo hacía y lo mismo deben hacer sus siervos. Hay quienes con gusto, participan de la mesa de sus vecinos, pero evitan visitarlos cuando están enfermos. Algunos que disfrutan de la compañía de sus feligreses cuando gozan de buena salud, tienen temor o se avergüenzan ante la perspectiva de hablar con ellos seriamente cuando están enfermos. Dios, posiblemente, dirá a muchos, como a los pastores de Israel: Ay de vosotros, pastores de Inglaterra o de cualquier otro lado del mundo: “Coméis la grosura, y os vestís de la lana; la engordada degolláis, mas no apacentáis a las ovejas. No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la perniquebrada... sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia” (Ez. 34:3-4). Nadie es tan cruel con el rebaño como aquellos que, más y más, codician del vellón esquilado de las ovejas.

Oleastro¹⁶ hizo un comentario provechoso sobre Levítico 14:44: —“Entonces el sacerdote entrará y la examinará; y si pareciere haberse extendido la plaga...” (tratándose de la tercera vez que el sacerdote visitaba la casa infectada)—. “Si el sacerdote era mandando a visitar la *casa* leprosa, ¿por qué no visitas tú a la *persona* enferma? La plaga en el corazón requiere más compasión y ayuda que la plaga en la casa”.

Éste es el deber de los miembros de la Iglesia, al igual que el de los dirigentes. Todo cristiano debe amar a su prójimo como a sí mismo, lo cual no puede hacer, a menos que le conmueva su enfermedad y trate de mejorar la probabilidad de que su prójimo sea salvo. El verdadero amor, como el fuego, arde con más fuerza cuando más frío hace...

Nuestro deber es asistir a los que mueren de muerte natural, al igual que los que sufren una muerte violenta, así como a los enfermos terminales. Visitar a las personas en su momento de aflicción es un testimonio de la autenticidad de nuestra religión. La santidad y la caridad son como padre e hijo. “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones” (Stg.1:27). Se menciona aquí sólo a los huérfanos y las viudas, pero están incluidos los enfermos, los extranjeros y los prisioneros porque, generalmente, son los más atribulados y más olvidados. Los que han recibido misericordia no pueden menos que mostrar misericordia. Tal como visitar a los que sufren es una señal de misericordia hoy, será una prueba del cristianismo en el Gran Día: “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer... estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí” (Mt. 25:34-36). Las obras de caridad conforman toda la lista, como evidencia del derecho de los santos al cielo. Lutero¹⁷ nos da la razón de eso: La conciencia de los impíos justificará a Cristo tanto en la absolución¹⁸ de los santos, como en su propia condenación. Aunque los cristianos no dan sus limosnas ni visitan a los enfermos para ser vistos por los hombres, los hombres igual los ven cuando dan muestra de su de amor y realizan actos de caridad. Por lo tanto, los que son testigos de la verdadera misericordia de los cristianos, se verán forzados a reconocer que la declaración de Cristo se ajusta a la verdad.

Segundo, es una oportunidad especial para hacer y recibir el bien.

¹⁶ **Jerónimo Olivier o de Oleastro** (m. 1563) – Monje dominico conocido por sus conocimientos del griego y del hebreo, y por su conocimiento íntimo de la Escrituras.

¹⁷ **Martín Lutero** (1483-1546) – Líder alemán de la Reforma Protestante.

¹⁸ **Absolución** – Perdón de los pecados.

1. Hacer el bien. Es más necesario hablar de este motivo porque muchos tienden a juzgar que todo esfuerzo que se haga con los enfermos es inútil. Se desaniman al procurar la conversión de hombres profanos en su lecho, dando por hecho que el arrepentimiento de los tales será tan defectuoso como sus cuerpos, aunque estén enfermos de muerte. Pero no aconsejo, de ninguna manera, que alguien no hable al enfermo de acudir a Dios, creyéndolo peor que loco por no atender el asunto serio de su alma creyendo que quizá Dios le dé arrepentimiento en el más allá. Sí, tengo que oponerme a esta sugerencia del diablo que impide a los hombres cumplir con su deber, ya que Dios puede mostrar misericordia a un alma al final. Hay un ejemplo en las Escrituras [para] que nadie se dé por vencido. En algunos, el tiempo de enfermedad es cuando más devoción tienen. Los que despreciaban a los hombres piadosos y se burlaban de la santidad cuando gozaban de buena salud, valoran al santo y anhelan su santidad por sobre todas las cosas cuando están postrados en su lecho y se preguntan ante qué Dios santo comparecerán al final de sus días. Como dijo alguien, la enfermedad es “la tienda de la virtud y la escuela de los buenos modales”. El Rey Alfred¹⁹ sabía decir: “Me encuentro que mejor estoy cuando estoy peor: mejor en mi alma, cuando peor en mi cuerpo; la enfermedad de mi cuerpo es remedio para mi alma”. La experiencia diaria nos demuestra que los arrogantes y galantes del mundo (cuyas conciencias no han sido cauterizadas), aunque se entregaron a borracheras, glotonerías, juegos de azar, lascivias y todo tipo de maldades en su juventud y plenitud de sus fuerzas, cuando se debilitan por alguna enfermedad y no tienen esperanza de seguir sobre esta tierra, comienzan a desear haber pasado más provechosamente su tiempo. Son sensibles al hecho de que descuidaron a Dios y a Cristo, a sus almas y a la eternidad. Es entonces cuando muchos de ellos desean la compañía de aquellos que temen al Señor, les piden que oren por ellos, siguen sus consejos y darían todo por tener un poquito de su gracia y santidad. Ben-adad, rey de Siria, cuando gozaba de buena salud era enemigo de los profetas y del pueblo de Dios; sin embargo, al enfermar, envía al príncipe Hazael que le pregunte al profeta si va a sanar de su enfermedad. Ahora, lo hace con un gran obsequio y expresiones por demás de sumisas: “Tu hijo Ben-adad” (2 R. 8:9). La enfermedad da a los hombres doble probabilidad de santidad.

(1) El enfermo o moribundo pierde todo interés en los placeres terrenales, al descubrir por experiencia qué insuficiente y débil consuelo re-

¹⁹ **Nota del editor** – Al parecer, se refiere a Alfredo el Grande (849-26 de octubre de 899), rey de Wessex desde 871 hasta 899.

sulta todo lo que existe. Cuando los hombres son fuertes y vigorosos pueden experimentar y disfrutar de cosas terrenales; los bienestares carnales les impiden interesarse en lo espiritual. Persiguen los afanes terrenales, como lo hizo Esaú, y dicen que eso les basta; en cambio, la enfermedad les hace ver lo vano de todo lo terrenal. Todos los privilegios, riquezas y placeres del mundo los amargan e impacientan. Comprenden ahora la vanidad de las cosas que tanto adoraban; qué inadecuadas son para levantarles el ánimo, para calmar su dolor, para darles un poquito de paz o conseguirles, aunque sea un ápice de aceptación en el mundo venidero y como resultado, cuánto valor pierde lo que el mercado del mundo vende. Bernardo²⁰ nos cuenta de un hermano suyo, al cual le dio muchos buenos consejos, pero éste, siendo soldado, no los escuchó. Entonces, poniéndole un dedo en el costado le dijo: “Un día te herirá una espada, abriendo paso hasta el corazón para que te entren las exhortaciones y los consejos”.

(2) En la enfermedad, por lo general, la conciencia puede expresarse con más libertad y los hombres están más dispuestos a escuchar. En la salud, sus trabajos, amigos, lascivias, deportes u otras actividades carnales, cautivan todo su corazón y su tiempo. Silencian su conciencia y hacen oídos sordos a predicadores, aunque estos sean muy directos en tratar de interrumpir sus placeres. Si aquellos usan su autoridad y siguen hablando en el nombre de Dios para prohibir sus necesidades, ateísmo, sensualidad y sus profanaciones, igual no escuchan sus llamados y mandatos, ahogando su voz con el ruido de sus sórdidos deleites. Pero en la enfermedad, pierden sus trabajos, pasatiempos, alegres reuniones y divertidos compañeros; cuando sus cuerpos están débiles, disminuyen sus lascivias carnales, por lo que sus conciencias tienen más oportunidad de traer a la mente sus conductas impías y su maldad, haciéndolos más propensos a escuchar las palabras y advertencias de los predicadores.

Lector, es de sabios aprovechar el lecho de dolor de tu prójimo para procurar el bien de su alma.

Tomado de George Swinnock, *Las obras de George Swinnock (The Works of George Swinnock)*. Tomo 3 (Edinburgh, London; Dublin: James Nichol, 1868), 3-24, de dominio público.

George Swinnock (1627-1673): Predicador puritano educado en Cambridge y Oxford; nacido en Maidsontoe, Kent, Inglaterra, Reino Unido.



²⁰ **Bernardo de Clairvaux** (1090-1153) – Reformador monástico francés, conocido por su devoción.

¿ESTÁ USTED PREPARADO PARA CAER ENFERMO?

J. C. Ryle (1816-1900)

CONSIDERO que es de importancia primordial, no contentarse con hablar de generalidades al compartir con otros el mensaje del amor de Dios. Ansío recalcar a cada uno en cuyas manos está este [artículo], su responsabilidad personal en este sentido. No quiero que nadie termine de leerlo sin poder dar respuesta a las preguntas: “¿Qué lección práctica he aprendido? En un mundo de enfermedad y muerte, ¿qué me corresponde hacer?”.

Un deber importantísimo que la prevalencia de las enfermedades requiere es que el hombre *viva, habitualmente, preparado para encontrarse con Dios*. La enfermedad es un recordatorio de la muerte. La muerte es la puerta por la que todos tenemos que pasar para ser sometidos a juicio. Juicio es el momento cuando, al final, tenemos que ver a Dios cara a cara. De hecho, la primera lección que el habitante de un mundo enfermo y agonizante debe aprender es que tiene que estar preparado para encontrarse con Dios.

¿Cuándo estamos preparados para encontrarnos con Dios? ¡Nunca, mientras nuestras iniquidades no sean perdonadas y nuestro pecado no sea cubierto! ¡Nunca mientras que nuestro corazón no sea renovado y nuestra voluntad aprenda a deleitarse en la voluntad de Dios! Tenemos muchos pecados. Si asistimos a la iglesia, nuestra propia boca aprende a confesarlos cada domingo. Sólo la sangre de Jesucristo puede limpiar esos pecados. Sólo la justicia de Cristo puede hacernos aceptables a los ojos de Dios. Sólo la fe, fe sencilla como la de un niño, puede darnos interés en Cristo y sus beneficios. ¿Queremos saber si estamos preparados para encontrarnos con Dios? Entonces, ¿dónde está nuestra fe? Por naturaleza, nuestro corazón está inhabilitado para estar en armonía con Dios. No nos da ningún verdadero placer en cumplir su Voluntad. El Espíritu Santo tiene que transformarnos a la imagen de Cristo. Las cosas viejas tienen que pasar. Todas tienen que ser hechas nuevas. ¿Podemos saber si estamos preparados para encontrarnos con Dios? Entonces, ¿dónde está su gracia en nosotros? ¿Dónde están las evidencias de nuestra conversión y santificación?

Yo creo que esto y, nada que sea menos que esto, es estar preparado para encontrarse con Dios. El perdón de los pecados y desear humildemente la presencia de Dios, la justificación por la fe y la santificación del corazón, la sangre de Cristo rociada sobre nosotros y el Espíritu de Cristo morando en nosotros —estos son los grandes elementos indispensables de la religión cristiana para estar preparados para el encuentro con Dios—. No son sólo palabras y nombres para discutir entre teólogos contenciosos. Estos elementos son realidades serias, sólidas y sustanciales. Vivir contando realmente con estas cosas en un mundo lleno de enfermedad y muerte, es el primer deber que quiero grabar en el alma de los lectores.

Otro deber importantísimo que la prevalencia de las enfermedades requiere del hombre es que *viva, habitualmente, preparado para sobrellevarlas con paciencia*. La enfermedad es, sin duda, algo difícil para la carne y la sangre. Sentir que nuestro estado nervioso es deplorable y nuestras fuerzas naturales se han debilitado, vernos forzados a permanecer inmóviles y separados de nuestras ocupaciones usuales, ver destrozados nuestros planes y frustrados nuestros propósitos, soportar largas horas, días y noches de agotamiento y dolor —todo esto causa una tensión severa sobre la naturaleza humana pecaminosa—. ¡No nos sorprendan las irritaciones y la impaciencia que afloran por la enfermedad! Es indudable que, en un mundo agonizante como éste, tenemos que ejercitar nuestra paciencia.

¿Podemos aprender a tolerar la enfermedad con paciencia cuando nos toca sufrirla? Entonces, tenemos que acumular reservas de gracia cuando gozamos de buena salud. Tenemos que procurar la influencia santificadora del Espíritu Santo sobre nuestro temperamento y mal humor fuera de control. Tenemos que tomar en serio a nuestras oraciones y pedir regularmente fuerzas para aceptar la voluntad de Dios, así como para cumplirla. Todo esto está a nuestra disposición con solo pedirlo: “Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:14).

Es imprescindible que me explye sobre este punto. Yo creo que las gracias pasivas del cristianismo reciben menos atención de la que merecen. Mansedumbre, benignidad, longanimidad, fe [y] paciencia, son mencionadas en la Palabra de Dios como frutos del Espíritu. Son gracias pasivas que glorifican a Dios de manera especial. A menudo, llevan a los hombres que desprecian el lado activo del carácter cristiano a hacer una pausa y pensar. Estas gracias nunca brillan con tanto esplendor como en el cuarto del enfermo. Hacen posible que, desde su lecho, el enfermo predique un sermón silencioso que quienes lo rodean nunca olvidan. ¿Quieres embellecer la doctrina que profesas? ¿Quieres hacer que tu cristianismo sea hermoso a los ojos de los demás? Entonces, presta atención a

la sugerencia que te doy este día. Aprende y practica la paciencia para ejercitarla cuando llegue la enfermedad. Entonces, aunque tu enfermedad no sea mortal, será “para la gloria de Dios” (Jn. 11:4).

Otro deber importantísimo que la prevalencia de las enfermedades requiere del hombre es *que viva, habitualmente, preparado para identificarse con sus prójimos y brindarles ayuda*. La enfermedad nunca está muy lejos de nosotros. Son pocas las familias que no tienen un pariente enfermo. Pocas son las parroquias donde no haya un enfermo. Pero sea donde sea que haya enfermedad, hay también un llamado a actuar. Un poco de ayuda en el momento preciso en algunos casos, una visita amable en otros, un inquirir amistoso o una muestra de cariño, pueden hacer mucho bien. Estos son los tipos de actos que suavizan las asperezas, unen a los hombres y promueven buenos sentimientos. Estas son algunas maneras, por medio de las cuales, podemos terminar llevándolos a Cristo y salvar sus almas. Estas son las buenas obras que cada uno que profesa ser cristiano debiera estar listo para hacer. En un mundo lleno de enfermedades y dolencias, nuestro mandato es “sobrellevad los unos las cargas de los otros” y “sed benignos unos con otros” (Gá. 6:2; Ef. 4:32).

A algunos les pueden parecer pequeñeces e insignificancias. ¡Tienen que estar haciendo algo espectacular y grandioso e impactante y heroico! No vacilo en afirmar que la atención cuidadosa a estas pequeñas acciones de bondad fraternal es una de las evidencias más claras de tener “la mente de Cristo” (1 Co. 2:16). Son acciones que nuestro mismo bendito Señor practicaba incansablemente. Iba, constantemente por doquier, haciéndoles el bien a los enfermos y oprimidos (Hch. 10:38). Son acciones a las que Él da mucha importancia en ese pasaje de la Escrituras tan solemne que contiene la descripción del juicio final. Dice allí: “estuve... enfermo, y me visitasteis” (Mt. 25:36).

¿Te gustaría comprobar la realidad de tu caridad; la gracia bendita de la cual tantos hablan y tan pocos practican? Si tu respuesta es afirmativa, cuídate del egoísmo insensible y de no descuidar a tus hermanos enfermos. Búscalos. Ayúdales, si necesitan ayuda. Muestra tu empatía por ellos. Procura alivianar sus cargas. Sobre todo, esfuérzate por hacerle bien a sus almas. Aun si a ellos no les hace bien, te hará bien a ti. Guardará tu corazón de murmuraciones. Puede resultar una bendición para tu propia alma. Creo firmemente que Dios nos está probando por medio de cada caso de enfermedad en nuestro entorno. Al permitir el sufrimiento, comprueba si los cristianos sienten algo. Cuidado, no sea que el Señor diga: “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto” (Dn. 5:27). Si puedes vivir en un mundo enfermo y agonizante y no sentir compasión por otros, tienes todavía mucho que aprender.

Hasta aquí esta parte de mi tema. Vuelvo a mencionar los puntos que presenté como sugerencias y pido a Dios que hagan su obra en muchas mentes. Repito que vivir habitualmente preparado para encontrarse con Dios, vivir habitualmente preparado para sobrellevarlas con paciencia [y] habitualmente dispuesto a identificarse con sus prójimos y brindarles ayuda son deberes que nos corresponden a todos. Están al alcance de todos. Al nombrarlos, no pido nada extravagante, tampoco irrazonable. No digo que nadie se enclaustre en un monasterio e ignore los deberes que le corresponden. Sólo quiero que los hombres se den cuenta que viven en un mundo enfermo y agonizante, y que vivan conforme a ello. Y afirmo vivamente que quien vive una vida de fe y santidad, y paciencia y caridad, no sólo es el más auténtico cristiano, sino también muy sabio y razonable.

Y ahora, concluyo con cuatro palabras de aplicación práctica. Quiero que el contenido de este escrito pase a ser de algún provecho espiritual. El anhelo de mi corazón y mi oración a Dios es “usa nuestra vida para hacerle bien a las almas”.

En primer lugar, planteo una *pregunta* a todo el que lee este [artículo], rogándole que como embajador de Dios, le dedique seria atención. Es una pregunta que surge con naturalidad del tema que estoy escribiendo. Es una pregunta que concierne a todos de todo rango, clase y condición. Pregunta: “¿Qué harás cuando te enfermes?”.

Tarde o temprano llegará el momento cuando tú, al igual que los demás, tienen que descender al oscuro valle de la sombra de muerte. La hora tiene que llegar cuando tú, como todos tus antepasados, te enfermes y mueras. El momento puede estar cerca o lejos. Sólo Dios lo sabe. Pero sin importar cuando llegue el momento, vuelvo a preguntarte: “¿Qué harás?”. ¿A qué piensas recurrir para que te reconforte? ¿En qué piensas descansar tu alma? ¿En qué piensas basar tu esperanza? ¿De dónde obtendrás tu consolación?

Te ruego que no dejes a un lado estas preguntas; permite que obren en tu conciencia, no descanses hasta poder dar una respuesta satisfactoria. No juegues con ese precioso don que es tu alma inmortal. No dejes para un momento que creas más conveniente la consideración del tema. No cuentes con que puedas tener oportunidad de arrepentirte en tu lecho de muerte. La más importante de las cuestiones no puede dejarse para lo último. Un ladrón fue salvo a punto de morir, a fin de que los hombres no se desesperen, pero fue sólo uno para que nadie presuma que puede hacer lo mismo. Repito la pregunta porque creo que merece una respuesta: “¿Qué harás cuando te enfermes?”.

Si fueras a vivir para siempre en este mundo, no me dirigiría a ti como lo hago. Pero eso no puede ser. Nadie se libra del destino que comparte

toda la humanidad. Nadie puede morir en tu lugar. El día vendrá cuando cada uno irá a su morada eterna. Quiero que estés preparado para ese día. El cuerpo del que ahora tanto te ocupas —el cuerpo que con tanta atención vistes, alimentas y mantienes cómodo— tiene que volver al polvo. ¡Oh, piensa qué cosa terrible sería comprobar al final de tus días que te has provisto de todo, excepto de lo más indispensable —haber provisto para el cuerpo, pero nada para el alma—. De hecho, morir como el Cardenal Beaufort²¹ sin dar señales de ser salvo! Una vez más, insisto en mi pregunta a tu conciencia: “¿Qué harás cuando te enfermes?”.

En segundo lugar, ofrezco *consejos* a todos los que [piensan] que los necesitan y están dispuestos a aceptarlos, a todos los que [creen] que todavía no están preparados para encontrarse con Dios. Ese consejo es breve y sencillo: Ocupate de conocer al Señor Jesucristo sin demora. Arrepíentete, conviértete, acude a Cristo ahora mismo y sé salvo.

O tienes un alma o no la tienes. De seguro nunca negarás que la tienes. Entonces, si un alma tienes, procura la salvación de esa alma. De todos los juegos de azar en el mundo, no hay ninguno tan irresponsable como el del hombre que vive sin prepararse para encontrarse con Dios y sigue dejando para mañana el asunto del arrepentimiento. O tienes pecados o no los tienes. Si los tienes (¿y quién se atreve a negarlo?), apártate de esos pecados, echa fuera tus transgresiones y alejate de ellas sin demora. O necesitas un Salvador o no lo necesitas. Si lo necesitas, acude a Él ahora mismo y clama poderosamente a Él que salve tu alma. Acepta a Cristo inmediatamente. Búscalo por fe. Entrégale tu corazón a su cuidado. Clama a Él sinceramente, pidiéndole que salve tu alma. Pídele que derrame sobre ti el Espíritu Santo y haga de ti un cristiano íntegro. Él te escuchará. No importa lo que hayas sido, no rechazará tu petición. Prometió Cristo: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37).

Guárdate, te ruego, de un cristianismo impreciso e indefinido. No te contentes con una esperanza generalizada de que todo está bien porque perteneces a [una iglesia] y que todo andrà bien al final porque Dios es misericordioso. No descanses, no lo hagas sin tener una unión personal con Cristo mismo. No descanses, no descanses hasta contar con el testimonio del Espíritu en tu corazón de que eres limpio, santificado y justificado, y que has llegado a ser uno con Cristo. No descanses hasta poder decir con el Apóstol: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12).

²¹ Cardenal [Henry] Beaufort (c. 1375-1447) – Obispo católico romano de Winchester, Inglaterra.

Una religión imprecisa, indefinida e indistinta puede servir en tiempo de buena salud, nunca en el día de enfermedad. Una membresía, solo de nombre y rutinaria, puede durarle al hombre durante el sol de su juventud y prosperidad, pero desaparecerá completamente cuando se aproxima la muerte. Nada servirá más que la auténtica y profunda unión con Cristo. Cristo intercediendo por nosotros a la diestra de Dios; Cristo conocido y aceptado como nuestro Sacerdote, nuestro Médico, nuestro Amigo; sólo Cristo puede quitarle a la muerte su aguijón y darnos la capacidad de enfrentar la enfermedad sin temor. Sólo Él puede librar a los esclavizados por su temor a la muerte. Le digo a todo el que quiere un consejo: “Conoce a Cristo”. Si esperas tener esperanza y consuelo en la enfermedad, conoce a Cristo. Busca a Cristo. Recurre a Cristo.

Cuando lo conozcas, llévale a Él toda preocupación y ansiedad. Él te sostendrá en tu peregrinaje por el valle oscuro. Ábrele tu corazón cuando te remuerde la conciencia. Él es el verdadero Confesor. Sólo Él puede absolverte y quitarte tu carga. Recurre a Él el primer día que estés enfermo, tal como lo hicieron Marta y María. Continúa confiando en Él hasta el último hálito de tu vida. Conocer a Cristo vale la pena. Entre mejor lo conozcas, más lo amarás. En suma, conoce a Jesucristo.

En tercer lugar, exhorto a todos los auténticos cristianos que leen este escrito que recuerden cuánto pueden glorificar a Dios en medio de la enfermedad y que *permanezcan quietos en sus manos cuando están enfermos.* [Creo] que es muy importante tocar este punto. Sé que el corazón del creyente siempre está presto a desmayar y qué Satanás está muy ocupado en plantar dudas y hacer cuestionamientos cuando el cuerpo del cristiano está débil. He sido testigo de algo del abatimiento y melancolía que, a veces, surge en los hijos de Dios cuando alguna enfermedad de pronto los margina y se ven obligados a estar quietos. He notado qué propensa es alguna buena gente a atormentarse con pensamientos mórbidos en esas circunstancias y decir en sus corazones: “Dios me ha abandonado: Me ha echado de su presencia”.

Les ruego de todo corazón a todos los creyentes enfermos que recuerden que pueden honrar a Dios, tanto con su paciencia en medio del sufrimiento, como cuando lo hacen por medio de su trabajo. A menudo, se demuestra mayor gracia permaneciendo quieto, que andar activo de aquí para allá realizando grandes proezas. Les ruego que recuerden que Cristo los ama tanto cuando están enfermos como cuando están sanos, y que las desgracias que sienten tan agudamente son enviadas con amor y no con ira. Sobre todo, les ruego que recuerden la compasión de Jesús por todos sus miembros débiles. Los cuida siempre con ternura, pero nunca con tanto afecto como en su momento de necesidad. Cristo tuvo mucha experiencia

con las enfermedades. Conoce el corazón del hombre enfermo. Solía ver toda clase de “enfermedad y toda dolencia” (Mt. 4:23) cuando estaba en esta tierra. Sentía compasión, especialmente por los enfermos, durante su ministerio terrenal. Lo sigue haciendo. A menudo, pienso que la enfermedad y el sufrimiento contribuyen a que los creyentes sean más como su Señor en experiencia que en salud. “El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mt. 8:17). El Señor Jesús era “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is. 53:3). Nadie tiene mejor oportunidad de conocer la mente de un Salvador sufriente que un discípulo sufriente.

Concluyo con una palabra de *exhortación* a todos los creyentes, por lo que pido encarecidamente a Dios que las grabe en sus almas. Les exhorto a mantener la costumbre de estar en comunión íntima con Cristo y que nunca teman “ir demasiado lejos” con su religión. Recuerden esto si quieren tener completa paz en sus momentos de enfermedad.

Observo con dolor la tendencia, en algunos sectores, de diluir las normas del cristianismo práctico y denunciar lo que llaman “ideas extremas” sobre el andar diario del cristiano por la vida. Digo con dolor que, aun gente religiosa, a veces mire con antipatía a los que se retraen de la sociedad mundana y los censura tildándolos de “exclusivistas, intolerantes, intransigentes, fanáticos, amargados” y otros calificativos por el estilo. Le advierto a cada creyente en Cristo que lee este escrito, que se cuide de ser influenciado por tales censuras. Le ruego, si quiere tener luz en el valle de muerte, que se ocupe de “guardarse sin mancha del mundo” y que camine como Caleb, muy cerca de Dios (Sgt. 1:27; Nm. 14:24).

Creo que la falta de solidez del cristianismo de muchos es la razón de la poca tranquilidad en salud y enfermedad. Creo que una religión “a medias”, “de quedar bien con todos” que satisface a muchos en la actualidad, ofende a Dios y siembra espinas en el lecho de la muerte, lo cual centenares no descubren hasta que es demasiado tarde. Creo que la debilidad e impotencia de tal religión nunca aflora tanto como en el lecho del enfermo.

Si queremos “fortísimo consuelo” en nuestro momento de necesidad, no podemos contentarnos con una relación superficial con Cristo (He. 6:18). Tenemos que procurar saber algo por experiencia, de lo que es la *comunión* de corazón con Él. Nunca, nunca olvidemos que una cosa es “unión” y otra “comunión”. Me temo que son miles los que saben lo que es “unión” con Cristo, pero nada saben de “comunión”.

El día llegará cuando, luego de una larga batalla con la enfermedad, sintamos que la medicina nada más puede hacer, y que lo único que queda es morir. Alrededor estarán nuestros seres queridos sin poder ayudarnos. El oído, la vista y aun el poder de la oración, nos van fallando a pasos agigantados. El mundo y sus sombras se estarán derritiendo debajo

de nuestros pies. La eternidad, con sus realidades, se avecina a pasos agigantados en nuestra mente. ¿Qué nos sostendrá en esa hora atribulada? ¿Qué nos dará el poder de sentir: “No temeré mal alguno” (Sal 23:4)? Nada, nada puede hacerlo más que la comunión con Cristo. Cristo morando en nuestro corazón por fe, Cristo poniendo su brazo debajo de nuestra cabeza, Cristo que sentimos sentado a nuestro lado. Sólo Cristo puede darnos victoria completa en la última batalla.

Aferrémonos más a Cristo, amémosle con más fuerza, vivamos más consagradamente para Él, imitémosle con más exactitud, confesémoslo con más valentía, sigámosle más de cerca. La práctica de una religión como ésta, siempre tiene su propia recompensa. El mundo puede reírse de ella. A los hermanos débiles les puede parecer extremo. Pero el resultado será bueno. Cuando la noche llega, traerá luz. En el mundo venidero, nos dará “la corona incorruptible de gloria” (1 P. 5:4).

El tiempo es breve. Las cosas de este mundo pasarán. Algunas enfermedades más y todo habrá terminado. Unos funerales más y luego el nuestro. Unas cuantas tormentas y oleadas, y habremos de llegar a puerto seguro. Marchamos hacia un mundo donde nunca habrá más enfermedad, muerte, dolor, llanto ni sufrimiento. El cielo se va llenando más cada año y la tierra vaciando. Los amigos que se nos adelantaron, están siendo más numerosos que los que quedan. “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (He. 10:37). ¡Estar en su presencia será plenitud de gozo! Cristo enjugará toda lágrima de los ojos de su pueblo. “Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Co. 15:26). Ella será destruida. La muerte misma un día morirá (Ap. 20:14).

Mientras tanto, vivamos la vida de fe en el Hijo de Dios. Pongamos todas nuestras cargas sobre Cristo y regocijémonos en la convicción de que Él vive para siempre.

¡Sí, bendito sea Dios! Cristo vive, aunque nosotros muramos, Cristo vive, aunque amigos y familias sean llevados a la tumba. Él, el que abolió la muerte y trajo vida e inmortalidad por el evangelio. Vive el que dijo: “Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción” (Os. 13:14). Vive el que un día cambiará nuestro cuerpo vil y lo hará semejante a su propio cuerpo glorioso. En enfermedad y en salud, en la vida y en la muerte, apoyémonos confiadamente en Él. Digamos diariamente como los de antaño: “¡Bendito sea Dios por Jesucristo!”.

Tomado de *Sickness*, en inglés (*Enfermedad*), disponible en CHAPEL LIBRARY.



EL QUE AMAS ESTÁ ENFERMO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Señor, he aquí el que amas está enfermo” (Juan 11:3).

JESÚS amaba a María, a Marta y a Lázaro. Es motivo de gozo ver a toda una familia viviendo en el amor de Jesús. Estos hermanos formaban un trío favorecido y, aun así, tal como la serpiente irrumpió en el Paraíso, entró el sufrimiento a su tranquilo hogar en Betania. Lázaro estaba enfermo. Todos sentían que si Jesús hubiera estado allí, la enfermedad huiría de su presencia. ¿Qué era lo mejor que podían hacer ahora, sino hacerle saber su problema? Lázaro se encontraba en el umbral de la muerte, por lo que sus cariñosas hermanas se lo reportaron inmediatamente a Jesús, diciendo: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Desde entonces hasta ahora, ese mismo mensaje se le ha dado a conocer a Jesús porque, en múltiples casos, Él ha “escogido en horno de aflicción” a su pueblo (Is. 48:10). Del Señor se ha dicho: “Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mt. 8:17) y, por lo tanto, no es cosa rara que los miembros se conformen, en este asunto, a su Cabeza.

Notemos, en primer lugar, un hecho mencionado en el texto: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Las hermanas se muestran algo sorprendidas de que esto fuera así porque la expresión “he aquí”, sugiere asombro. “Nosotros lo queremos y lo curaríamos inmediatamente. *Tú* lo amas y, aun así, sigue enfermo. Tú, con una sola palabra, lo puedes sanar. Entonces, ¿por qué está enfermo el que amas?”. ¿No le ha sucedido, querido amigo enfermo, que, a menudo, se ha preguntado por qué su enfermedad dolorosa o larga no puede ser consistente con el hecho que ha sido llamado y hecho uno con Cristo? Me atrevo a decir que esto lo ha desconcertado grandemente y, no obstante, la realidad es que nada tiene de extraño, sino que es algo de esperar.

No nos debe asombrar que el hombre que el Señor ama está enfermo, porque *es sólo un hombre*. El amor de Jesús no nos exime de las necesidades y enfermedades comunes de la vida humana. Los hombres de Dios siguen siendo hombres. El Pacto de Gracia²² no es una carta de exención del reumatismo, tuberculosis o asma. Los males físicos a los que estamos sujetos debido a nuestra carne, nos acompañarán hasta la tumba; Pablo lo dice

²² **Pacto de Gracia** – El propósito eterno de redención, concebido antes de la creación del mundo, anunciado por primera vez en Génesis 3:15, revelado progresivamente a lo largo de la historia, cumplido en la persona y obra de Jesucristo, y apropiado por fe en Él.

así: “Los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia” (2 Co. 5:4).

Aquellos a quienes el Señor ama son los más propensos a enfermarse porque se encuentran *bajo una disciplina singular*. Escrito está: “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (He. 12:6). La aflicción, del tipo que sea, es una de las características del auténtico hijo de Dios, y sucede con frecuencia, que la prueba se manifiesta por medio de una enfermedad. ¿Nos extrañaremos entonces, de que tenemos que cumplir nuestro turno de estar enfermos? Si Job, David y Ezequías tuvieron que sufrir, ¿quiénes somos nosotros para asombrarnos porque tenemos mala salud?

Tampoco es extraño estar enfermos si reflexionamos en el gran *beneficio que, a menudo, surge de esa prueba*. No sé de qué forma habrá mejorado Lázaro específicamente como resultado de su enfermedad, pero lo cierto es que muchos discípulos de Jesús hubieran sido de poco provecho si no hubieran sufrido una dolencia. Los fuertes tienen la tendencia de ser duros, soberbios y egocéntricos, por lo que necesitan ser puestos en el horno para ser ablandados. He conocido mujeres cristianas que nunca habrían sido tan amables, tiernas, sabias, de tanta experiencia y santas, si no hubieran sido sensibilizadas por el sufrimiento físico. Existen frutos en el huerto de Dios que nunca maduran hasta ser magullados. Las mujeres jóvenes que tienden a ser volátiles, presumidas o muy locuaces, a menudo, se convierten en mujeres llenas de dulzura que aprenden a sentarse a los pies de Jesús como resultado de sufrir una enfermedad tras otra. Muchas han podido decir con el salmista: “Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos” (Sal. 119:71). Por esta razón, aun la más favorecida y bendita entre las mujeres, puede que sienta que una espada le atraviesa el corazón (Lc. 1:28; 2:35).

Con frecuencia, las enfermedades de aquellos que el Señor ama, son *para bien de otros*. A Lázaro se le permitió enfermar y morir, a fin de que por su muerte y resurrección, los apóstoles se beneficiaran. Su enfermedad fue “para la gloria de Dios” (Jn. 11:4). A lo largo de estos diecinueve siglos que han pasado desde la enfermedad de Lázaro, todos los creyentes se han beneficiado de ella y nosotros, hoy por hoy, nos beneficiamos porque languideció y murió. La Iglesia y el mundo pueden derivar mucho bien de los sufrimientos humanos. Los indiferentes pueden ser vivificados, los que dudan ser convencidos, los impíos ser convertidos, el que llora una muerte puede ser confortado por nuestro testimonio en tiempo de enfermedad y si esto es así, ¿vamos a querer evitar el sufrimiento y la debilidad? ¿Acaso no estamos dispuestos a que nuestros amigos digan también de nosotros: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”?

No obstante, nuestro texto, no sólo relata el hecho, sino que menciona un informe de ese hecho. Las hermanas enviaron un mensajero a avisar a Jesús. Mantengamos una correspondencia constante con nuestro Señor contándole todo... Jesús sabe todo de nosotros, pero igual *es un gran alivio poder derramar nuestros corazones ante Él*. Cuando los atribulados discípulos de Juan el Bautista vieron la decapitación de su líder, “tomaron el cuerpo y... fueron y dieron las nuevas a Jesús” (Mt. 14:12). Es lo mejor que pudieron haber hecho. En toda dificultad, enviemos un mensaje a Jesús y no nos guardemos nuestro dolor. Cuando de Él se trata, no hay necesidad de mantener la reserva, no hay temor de que nos trate con fría soberbia, despiadada indiferencia ni cruel traición. Él es un confidente que nunca puede traicionarnos, un amigo que nunca nos rechaza.

Tenemos esta esperanza segura cuando le contamos a Jesús nuestros problemas: que *de seguro nos sostendrá*. Si nos acercamos a Jesús y preguntamos: “Señor misericordioso, ¿por qué estoy enfermo? Creía que era útil cuando estaba sano y ahora no puedo hacer nada, ¿por qué me sucede esto?”. Es muy posible que, con gusto, nos diga por qué; si no, nos dará las fuerzas para soportar su voluntad con paciencia, sin saber la razón. Puede hacernos recordar su verdad para alegrarnos, fortalecer nuestro corazón con su presencia, enviarnos consolaciones inesperadas y darnos glorias en nuestras aflicciones. “Oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 62:8). No en vano María y Marta enviaron a decírselo a Jesús y, no será en vano, si buscamos nosotros su rostro.

Recordemos también, que *es posible que Jesús dé sanidad*. No sería sabio vivir con una supuesta fe y dejar a un lado al médico y sus medicamentos, tal como no lo sería no recurrir al carnicero y al sastre y, luego, esperar ser alimentados y vestidos por fe; aunque esto sería mucho mejor que olvidar totalmente al Señor y confiar sólo en el hombre. La sanidad del cuerpo, al igual que del alma, debe ser buscada en Dios. Podemos hacer uso de medicinas, pero estas nada pueden hacer sin el Señor “que sana todas [nuestras] dolencias” (Sal. 103:3). Podemos contarle a Jesús los males que nos aquejan, nuestras declinaciones graduales y tos seca. Hay los que oran para pedir el perdón de sus pecados, pero no se atreven a pedirle al Señor que les quite el dolor de cabeza; sin embargo, si Dios cuenta cada cabello de nuestra cabeza, seguramente se interesará también por calmar el dolor punzante en la cabeza. Nuestras cosas importantes deben ser poco para un Dios tan grande y nuestras cosas pequeñas no pueden ser mucho menos. Es prueba de la grandeza de la mente de Dios que, mientras gobierna cielo y tierra, no está tan absorto en ello que se olvida del más mínimo dolor o necesidad de alguno de sus pobres hijos. Podemos acercarnos a Él con nuestros problemas de respiración porque Él nos dio

los pulmones y la vida. Podemos contarle de los ojos que cada vez ven menos y de los oídos que cada vez oyen menos, porque Él los creó. Podemos mencionarle la rodilla hinchada, la coyuntura artrítica, el cuello duro y la torcedura del pie porque Él creó nuestros miembros, los redimió a todos y los levantará a todos de la tumba. Acudamos sin demora y digamos: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”.

Tercero, notemos en el caso de Lázaro, un resultado que no hubiéramos esperado. Sin duda, cuando María y Marta mandaron a avisar a Jesús, esperaban que Lázaro se recuperara en cuanto el mensajero llegara al Señor a darle el mensaje, pero no fue así. El Señor permaneció en el mismo lugar por dos días y no fue hasta saber que Lázaro había fallecido que habló de ir a Judea. Esto nos enseña que Jesús puede conocer nuestras dificultades y, aun así, actuar como si le fueran indiferentes. No podemos esperar que, en todos los casos, nuestra oración pidiendo sanidad sea contestada porque, de ser así, nadie que tenga hijo o hija, amigo o conocido que ore por él, moriría. En nuestras oraciones por la vida de los hijos amados de Dios, no olvidemos que hay una oración que puede estar cruzándose con la nuestra se porque Jesús ora: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria” (Jn. 17:24). Oramos que se queden con nosotros, pero cuando reconocemos que Jesús los quiere en las alturas, ¿qué nos queda más que reconocer que esto sobrepasa nuestro deseo y decir: “No sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39)? En nuestro propio caso, aunque oremos que el Señor nos sane, a pesar de que nos ama, puede permitir que empeoremos más y más y, al final, fallezcamos. A Ezequías le otorgó quince años más de vida, pero eso no quiere decir que a nosotros nos otorgue un día más. Nunca nos empecinemos tanto en pedir por la vida de alguien que amamos, ni por la propia, que nos rebelemos contra el Señor. Si exigimos tanto que un ser querido siga con vida, nos castigamos a nosotros mismos, y si amamos demasiado nuestra propia vida terrenal, nos estamos asegurando una muerte espinosa. A menudo, los hijos son ídolos y, en esos casos, los que tanto los aman son idólatras. Daría lo mismo que se hicieran un dios de barro y lo adoraran, como dicen que hacen los hindúes, que es lo mismo que adorar a otro ser humano porque, ¿qué somos más que barro? ¿Amaremos tanto al polvo que por él contenderemos con Dios? Si nuestro Señor nos deja sufrir, no nos quejemos. Él tiene que hacer lo mejor por nosotros porque nos ama más de lo que nosotros mismos nos amamos.

¿Dicen ustedes: “Sí, Jesús permitió que Lázaro muriera, *pero le devolvió la vida*”? Respondo que Él también es para nosotros resurrección y vida. Sea un consuelo en cuanto a los que partieron: “Tu hermano resucitará” (Jn. 11:23) y todos nosotros, cuya esperanza es en Jesús, participarán en la

resurrección del Señor. No sólo vivirán nuestras almas, sino que nuestros cuerpos también se levantarán incorruptibles. La tumba servirá como crisol y este cuerpo vil ya no volverá a serlo. Algunos cristianos disfrutaban mucho pensar que vivirán hasta que el Señor venga y, por lo tanto, escapar de la muerte. Confieso que no pienso que esto sea ganancia alguna porque, lejos de tener alguna ventaja sobre los que duermen, los que estén vivos hasta su venida, se perderán un privilegio único: El de morir y resucitar como su Señor (1 Ts. 4:15-17). Amados, “todo es vuestro” y ese “todo” incluye, expresamente, la muerte (1 Co. 3:21-22); por lo tanto, no la temamos, sino “ansiemos la noche para desvestirnos, para poder descansar en Dios”.

Concluiré con una pregunta: “Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro” (Jn. 11:5). ¿Te ama Jesús a ti en un sentido especial? Lamentablemente, muchos enfermos no tienen ninguna evidencia del amor especial de Jesús por ellos porque nunca han buscado su rostro, ni confiado en Él. Jesús les dirá: “Nunca te conocí” porque rechazaron su sangre y su cruz. Querido amigo, respóndele esta pregunta a tu propio corazón: “¿Amas a Jesús?”. Si tu respuesta es afirmativa, lo amas porque Él te amó primero. ¿Confías en Él? Si respondes que sí, esa fe tuya es prueba de que Él te ha amado desde antes de la fundación del mundo porque la fe es la muestra de que Él es fiel a su compromiso contigo.

Si Jesús te ama y estás enfermo, deja que todo el mundo vea cómo glorificas a Dios con tu enfermedad. Deja que amigos y enfermeros vean cómo el Señor alegra y conforta a sus amados. Deja que tu aceptación santa de la enfermedad, los asombre y los lleve a admirar a tu Amado, quien es tan generoso contigo y te hace feliz en medio del dolor, y te ayuda a mantenerte gozoso, aun en el umbral de la muerte. Si de algo vale tu religión, te sostendrá en ese momento y forzará a los inconversos a ver que aquel que el Señor ama está mejor en la enfermedad que los impíos cuando están rebosantes de salud y vigor.

Si no sabes que Jesús te ama, te falta la estrella más brillante que puede alegrar la noche de la enfermedad. Espero que no mueras tal como estás ahora y que pases a otro mundo sin disfrutar del amor de Jesús. Eso sería una verdadera calamidad. Busca su rostro sin demora y puede ser que tu enfermedad presente sea parte del camino del amor por el que Jesús te lleve a Él. Señor, sana a todos los enfermos del alma y del cuerpo. Amén.

Tomado de un sermón predicado ante una audiencia de damas inválidas en Mentone.

Chales H. Spurgeon (1834-1892): Predicador bautista inglés influyente; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.

